

CARLOS MARTINEZ MORENO

CORDELIA

NOVELA

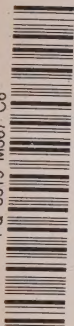
PQ
8519
M367
C6

Editorial Alfa
Montevideo

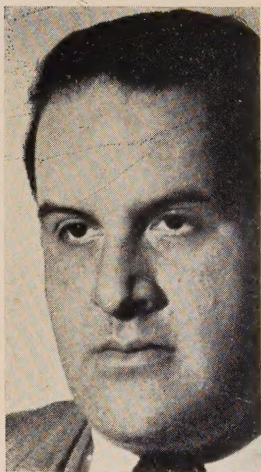
PQ
8519
M367
C6

ATE COLLEGE LIBRARY

PQ 8519 M367 C6



3 0600 01295 3668



Nació en Colonia (Uruguay) en 1917. Cumplió estudios de abogacía en Montevideo, donde ejerce, aparte de su profesión, el cargo de Defensor de Oficio en lo Civil y lo Criminal. Muy joven ingresó a las filas del periodismo, desempeñando por muchos años, a partir de 1938, la crítica teatral del semanario *Marcha*; fue asimismo editorialista de la misma publicación y lo es de *El Diario*.

Sin apresuramiento, espaciadamente, fue dando a conocer en diversas revistas literarias —*Asir*,

Número, *Escritura*, *Alfar*, y sobre todo en *Marcha*— sus cuentos trabajados donde la evocación de la infancia alternó con una diagnosis áspera de la vida ciudadana y del ambiente burgués. Recién recogió parte de esta producción éditá en el volumen *Los días por vivir* que publicó en 1960 la cooperativa *Asir*, el mismo año en que su relato *Los aborígenes* obtuvo el segundo premio en el Concurso de la revista *Life*.

La confesada admiración por algunos grandes narradores realistas del XIX, —Flaubert, Chejov—, y su inclinación a desentrañar cruelmente las mezquinas motivaciones de sus desarticuladas criaturas narrativas, a las que enjuicia trasladándolas desde la realidad a sus cuentos, permiten situar una literatura de perfiles muy nítidos, que ha merecido esta valoración de Ricardo Latcham: "*Martínez Moreno, por su depurada sensibilidad y por el sello de originalidad técnica, ha dado a sus historias cortas y cuentos un ritmo atrevido y tenso, que mantiene suspendida la atención del lector. Es un innovador que ha enriquecido la narrativa uruguaya siguiendo una línea de gran consistencia. Pero mantiene una dimensión diversa, de enorme sugestión, que lo coloca entre los dos o tres maestros del género existentes en la actualidad en su patria*".

El relato *Cordelia* que da nombre a este volumen, obtuvo en 1956 el primer premio en el Concurso de la revista *Número*.

COLECCION **LETRAS DE HOY**

Dirige: Angel Rama.

7



Digitized by the Internet Archive
in 2025

PQ
8519
M 367 CARLOS MARTINEZ MORENO
C6 //

C O R D E L I A

N O V E L A

Editorial Alfa
Montevideo

CARLOS HARTMANN HERNANDEZ

CORDELLA

1933

Queda hecho el depósito que marca la Ley

Copyright by Editorial Alfa. Ciudadela 1389, Montevideo

Printed in Uruguay

Impreso en el Uruguay

CORDELIA

I

EL EXTENSO JIRÓN de humo había quedado a media altura, flotando entre las cabezas de la gente y el artesonado. Dentro de esa banda de niebla corrían, como estremecimientos, vetas más ligeras, que trazaban alguna parábola incongruente y deforme para desvanecerse en seguida. Y debajo, aplastados por aquella fantasmagoría especial estaban los pálidos rostros, suspensos en una penumbra amarillosa y amarillosos ellos mismos de miedo, de indecisión y de fatiga. Los torsos alargados y oscuros florecían ominosamente en esas caras, impensadamente cuajados y caricaturales para su tema postizo de vida y muerte, para el azar que las circunstancias estaban imponiéndoles.

Y en medio del humo volaban, tras el friso de gestos que iban y venían —repasándolos sin verlos, para distraerse de la espera— los aviones raudos y serenos, milagrosamente horizontales en su apoteosis de anuncios, sobre la portentosa cifra de sus virtudes. “La red del continente”, “Una sola noche a Nueva York”, “Los ojos del radar predicen el tiem-

Los personajes y las circunstancias descritos en este relato son enteramente imaginarios. El hecho de que —a muy grandes rasgos— se haya partido de un episodio dado por la realidad, no importa ningún otro tipo de correspondencia o consecuencia con ella.

po". Las mismas escenas de comodidad, holgura y distensión que ofrecían los carteles —una muchacha bebiendo jugo de tomates, un sacerdote leyendo un libro, dos hombres teniendo sus whiskies frente a frente, con esa torpe tiesura infatuada de los magnates en vacaciones, unos niños haciéndose visera con las manos para mirar por las ventanillas, la azafata ofreciendo con su mejor sonrisa la bandeja de un almuerzo completo, dos parejas jugando cartas francesas, todo en la falsa impostación gloriosa de las tricromías— eran ahora apuntes inqueridamente crueles. La vida muelle y luminosa de los cuádrimotors barbotaba en pendones, en paneles, en cielos azul pastel, en fanfarronerías apodícticas de la propaganda, y resultaba extrañamente alevo-
sa para aquellas quince personas en procura de noticias (cualquier noticia, la peor noticia) del D-C 7 perdido veintitantas horas antes en el Trópico, en mitad de la selva.

—A medida que pasan las horas —dijo contrayendo la frente una vieja desmadejada y canosa— no nos queda ya nada bueno por saber. Tal vez ya lo hayan localizado y no quieran decirlo hasta la noche, añadió con esa superstición vulgar de que los duelos hayan de tener un sabor nocturno.

—Quién sabe, señora —se oyó a sí mismo Robledo, escuchó y ponderó su voz ecuánime, su contenida y valerosa imparcialidad. También el tiempo puede traernos la buena noticia que todos deseamos. ¡Quién sabe!

Pero el gerente no lo creía.

—Por supuesto que sí, por supuesto que sí —asentía con una atolondrada solicitud, que desmentía la leyenda del aplomo sajón. Por supuesto —y era transparente que traducía de un modo mecánico el "of course" con que cumplía su deber de alentar

cualquier remota esperanza. Estamos recorriendo palmo a palmo miles de kilómetros cuadrados de selva, en busca del menor indicio. Esta mañana hubo bruma, pero ya ha vuelto a despejar. Y los dos gobiernos nos apoyan. Se organizan expediciones por tierra, han salido ya cuatro partidas de socorro, se está haciendo todo lo posible. ¡Les pido que me crean!

Nadie se volvió para creerle de un modo expreso. De manera peregrina, él mismo había acudido a asumir las culpas por delegación que le tocaban en el reparto, y lo hacía con cierta pomposa dignidad del sufrimiento, del opaco sufrimiento de los responsables, aquéllos cuya función no es condolerse sino ser acusados.

—Apreciamos sus buenos oficios y su estímulo, Mr. Addison —dijo Robledo, invistiendo fuera de contexto una representación arriesgada e improbable. Y esperamos que, llegada la hora, no nos oculte nada. Nada.

—¡Esto es una tragedia, una tragedia! —chilló agudamente una mujer vestida de negro, cuyo desordenado pelo pajizo parecía resolverse en espiral desde el rictus redondo de la boca, que se agitaba y gritaba. ¡Esto es una tragedia, no nos mientan!

El-jefe-de-relaciones-públicas corrió presurosamente hacia ella. Se había atribuído la misión de apuntalar la precaria compostura de los parientes, y estaba haciéndolo según su mejor estilo centroamericano, un estilo untuoso, deferentemente servil, sostenido en una voz atiplada y ademanes ambiguos. “Adorable, adorable”, era su adjetivo de percusión en los primeros momentos, cuando el diálogo tenía todavía sus remansos, sus fugaces verbenas de sociabilidad. Pero ahora había llegado a un trozo de bravura, a una primera avería del buen continente

colectivo, y él se afanaba por cerrar la brecha.

—Por favor, zeñora —y movía su grueso belfo morado, que ceceaba desafinadamente en medio de la tez cetrina y entre las anchas patillas viriles. Paze por aquí, paze por aquí, mientras descubría una puerta batiente en la mampara de caoba. ¡Venga a tomar algo, por favor! ¡Ez nezezario mantenerze, ze lo zuplico!

Se oyó aún a la mujer que gimoteaba y carraspeaba en el despacho vecino, hasta irse apagando. Y el señor Laurido ya no ceceaba para dar en inglés, según un módulo más autoritario, seguramente jerárquico, un par de órdenes a sus secretarios trasvisibles.

—Es muy lamentable —exclamó sin moverse Mr. Addison, dirigiéndose a Robledo, en quien ya había descubierto la grieta del tímpano. Pero tenía que suceder. Es muy lógico.

—Mi hijo es ingeniero —dijo sin que se lo preguntaran la mujer canosa; y viajaba con su beca de estudios. Es horrible pensar que pueda haberse caído ahora, cuando recién empieza a disfrutar de la vida.

—Esto es una pesadilla, una pesadilla demasiado larga —afirmó un hombre que se paseaba a zancadas. Parecía evidente que lo decía para recoger una octava más abajo el estallido de la mujer de negro, evitando que se perdiera su sentido.

Los demás le habrían balbuceado un turbio agradecimiento, porque sentían que un énfasis crudo puesto sobre la situación podía acaso exorcizarla y terminar por romperla.

—Y yo, señora —dijo Robledo— ni siquiera sabía que mi hija había vuelto a embarcarse. Estaba tomándose unos baños termales y quiso seguramente pasarse de golpe al invierno. Era así. Recién esta

mañana lo supe, cuando telegrafiaron desde Nueva York la lista de pasajeros y la compañía me llamó por teléfono.

—¿Soltera? —preguntó la mujer canosa, con una anacrónica desconfianza.

—Soltera. Acababa de cumplir su mayoría de edad y de recibir una herencia. Ella también empezaba a vivir.

—¿Qué piensa hacer la compañía? —preguntó el hombre de la pesadilla, encarándose hostilmente con Mr. Addison— cuando ya no pueda retener por más tiempo la noticia?

—La compañía no retiene nada, caballero. Le pido que me crea. Cuando sepa algo lo dirá en seguida. Y afrontará todas las emergencias.

—Todas menos la de devolvernos a nuestros seres queridos —interrumpió una mujer joven, que hasta entonces había fumado tendida en un sillón, abandonándose a una languidez insensible, que sólo se traicionaba en la comezón del cigarrillo, en el vaivén de su boquilla rojiza y mordisqueada.

La flotación de los Seres Queridos, echada a andar por esta frase, tornó a deteriorar el aura instable de la sala.

—Porque esto no se arregla arrojando flores sobre el sitio —insistió el hombre con una saña prosaica, que parecía el introito de una demanda de perjuicios.

La mujer canosa alzó los brazos, demudándose increíblemente sobre su terrosa palidez.

—¡Dios mío, ayúdales y a nosotros no nos desampares! ¡Yo te pido mi muerte a cambio de la de ellos!

El señor Laurido había olfateado el drama, y estaba volviendo para su oficio hemostático.

—Zeñora —alcanzó a decir, pero Robledo lo

detuvo con un brazo extendido.

—No podrá impedirlo todo el tiempo —le dijo. Déjela que lllore. Es mejor para todos que se desahogue.

Pero la mujer canosa (“soy viuda y es mi hijo único”) seguía invocando a Dios con su antigua retórica salvacionista, y estaba de pie y no lloraba.

II

Susana se miró al espejo, mientras alzaba un brazo para deshacerse los rulos de papel. Había perdido ya aquella hosca tentación adolescente de adorarse el cuerpo, de acompañar con una mano ponderativa la redondez del seno. Tenía ahora veintidós años y una desgastada conciencia de su hermosura animal y de las disponibilidades de placer y de dominio que podría darle, si ella se atreviese. “Bastaría que yo quisiera...” La oscuridad casi azul del sobaco, alumbrándose repentinamente en mitad del espejo, bostezó una respuesta.

Era una vacua disponibilidad, al fin de cuentas, porque ni su educación ni sus timideces le permitirían ejercerla en la medida de la inconstante variedad, de la baquía, del aplomo que se precisan para engendrar esa larga costumbre que la gente empareja con el nombre de disipación. Tal como la entienden los hombres, como le habían dicho que la practicaba su padre.

Iba a comer con él esa noche, antes del viaje, y estaba preparándose para ir a su encuentro. Era curioso que nunca lo hubiesen hecho, que él se hubiera conformado con verla tan pocas veces, que sólo la flamante mayoría de edad y el pasaje que ella había tomado lo hubieran decidido a invitarla.

A varios años de muerte su madre, había encontrado el rollito de papeles al fondo del último cajón de la cómoda, ese mueble panzón de ébano esculpido y guarniciones doradas cuya hinchazón oblicua y recargada —ese pesado aspecto de antigualla que

condecía con la casa y con sus habitantes— siempre la había desalentado de inquirir en sus profundidades, de escarbar su probable y soterrado interés.

En el primero de los papeles, que latía desde un escudo, desde el membrete de un juzgado y desde esa inescrutable mano de aldaba que era la palabra Cedulón, se anunciaba a la madre que debía contestar una demanda en Juicio de Visitas, que le iniciaba Mario Robledo.

Unido al cedulón por un alfiler ya herrumbroso, que había casi desintegrado y quemado la esquina del tenue papel de copia, corría un texto desvanecidamente escrito a calco de máquina, en renglones angostos y parejos, que al principio tomó por un poema.

Trabajosamente, moviendo brillos y mates del papel hasta lograr una luz favorable, pudo leer que “estando los cónyuges separados de hecho y hallándose privado el actor, por el capricho de la demandada, de ver a su única hija, de dos años de edad, se ve compelido a impetrar de la ley y de los estrados, los elementales derechos que le concede un vínculo de sangre y que le niegan la comprensión y el resentimiento”. Unas frases más abajo, el padre imploraba que se le dejara ver a la niña, si quiera fuese “un par de horas por semana y en el frío patio del Juzgado”.

Había acudido con el hallazgo ante la abuela, plidiéndole una explicación, y la abuela no se había disgustado por el descubrimiento ni por las preguntas.

—Lo que él quería era seguir molestando a tu madre, aun después de separados —le dijo. Y no olvides que tu madre era rica. Cuando el juez le concedió el derecho de visita en el patio del juzgado, tal como lo pedía, y vio que era yo y no ella

quien te llevaba, dejó de ir en seguida. Hubo una sola visita que se cumplió: la primera. Lo que él quería era *usarte* para ver a tu madre.

Se estaba vistiendo ahora para ir a comer con él y repasaba la evocación punzante con que su abuela le había abreviado la bochornosa sensación de desaire. “Recuerdo que la segunda vez te habías estrenado un trajecito blanco de organdí”. Se veía ahora con sus botitas, con su vestidito arrepollado flotando entre las sillas de raso y los cortinados de la sala, vuelta de esa segunda visita que no se había *cumplido*. Esa segunda visita —pensaba— es recién hoy.

Y muy cerca de donde había estado el rollito de papeles, apareció más tarde el atado de cartas. Era una correspondencia posterior a la ruptura, y sobre el mismo tema de la hija: su tenencia, su educación moral, la formación de sus sentimientos filiales, su instrucción. Las cartas del padre eran coloquiales y pretendían que, en ese tópico en que comulgaban sus intereses y sus afectos, eran todavía posibles, entre ellos dos, la simpatía y la familiaridad. “Estarás de acuerdo conmigo, estimada Elvira, en que es preciso que nadie tuerza el alma de la chica, deformando su concepto de lo que debe ser un padre” (Un padre, postulaba, no *ese* padre).

Ella, en cambio, no lo tuteaba. La aguda letra Sacré Coeur de los borradores, empinada hacia adelante —agria, angulosa, austera— no tenía ninguna inflexión amistosa para dirigirse al hombre. “El punto —decía a menudo, como un motivo recurrente— tendrá que discutirlo usted con mi abogado”. Era visible que no extraía ninguna satisfacción de todo aquel intercambio epistolar, en el que estaba siempre a la defensiva, con una tensa sensación de incomodidad que afloraba en los giros impersonales, voluntariamente descoloridos de su sintaxis.

A cierta altura de la correspondencia, había escrito: "Me propongo guardar completo el legajo de todas estas cartas, que usted provoca con su afán por inmiscuirse en la vida de la niña y en la mía propia. Lo haré, no por ningún cuidado de documentación ante usted, que no me interesa, sino para que un día, llegada a la edad de la razón, nuestra hija pueda juzgar por sí misma. Por eso conservo sus cartas y dejo copia de las mías".

Ahora había alcanzado esa edad, su madre había muerto mucho antes y ella estaba preparándose para ir a comer con él. La edad de la razón. ¿Forzosamente había que enjuiciar y pronunciar un veredicto, una vez que se había llegado allí? Había leído muchas veces todas las jactancias, todos los escrúpulos y las mutuas reconvenciones. ¿Y era alguno de los dos más justo que el otro?

Apenas recordaba el día de la muerte de la madre. Todo había tenido —lo entendió después, por una lenta comprensión en la que la memoria sólo cubría algunos tramos— el sentido de un horrible escamoteo, uno de los tantos escamoteos en la educación que le habían dado, con el propósito de privarla por igual de las exaltaciones y de los dolores, de la pasión y de la pena. Sólo podía evocar la tarde brumosa en que, pegada la cara al vidrio empañado, se había preguntado por qué su tío Aurelio la había dejado en casa de esos remotos parientes, tras ir a buscarla a la salida del colegio, y por qué esas caras también neblinosas e irreconcordables se fruncían para sonreírle, y aquellos seres hoy perdidos se acercaban a la ventana para tocarle, como con una piedad suave y tráfuga, los hombros, una mano o la cabeza. No había sido una aflicción, no había existido el llanto; había sido una torpe perplejidad, el reconocimiento de una ausen-

cia que acababa de instalarse entre ella y la vida.

—Aprontándose con todo esmero para correr a los brazos del Padre Pródigo —dijo la abuela cuajando súbitamente entre los marcos de la puerta.

—Por favor, Aba. Somos todos ingeniosos, ya se sabe. Pero aunque la invitación me hiciera poca gracia, no podría ir desnuda.

La vio por el espejo, en una composición que parecía estudiada —contra el empapelado granate y gris en bastones, de pie en la alfombra floreada— alta y flaca, con su vestido negro y el toque agresivo de su cabellera algodonosa rodeando un rostro suspicaz y amarillo.

—Hay un término medio entre la desnudez y la coquetería. Si te preparas demasiado, él va a tener razones para creer que has ido con gusto. Y no olvides lo que ha sido tu padre. Es algo que no cambia con una invitación al Águila.

—Voy a aplastarme los pabilos para abajo y no usaré una gota de perfume —prometió burlescamente Susana, para depreciar la admonición de la abuela. El tema de Papá ya está viejo y gastado.

—Sólo que ahora le dices Papá y antes decías “mi padre” —observó malhumorada la abuela. No voy a pedirte más que dos cosas, en nombre de la antigua autoridad que se ha perdido: que no vuelvas muy tarde y que no fumes delante de ese hombre.

La famosa educación recibida —tornó a pensar en cuanto el mismo resorte que había lanzado a la abuela en la pieza se la hubo engullido— había consistido en privarla por igual del dolor y de la alegría, pero no de un sentido solemne de la vida, de una fastuosa concepción de los Grandes Momentos y de los Grandes Principios que la condensan.

Durante muchos años se había escurrido con sus

polleritas rabonas por aquellos cuartos lóbregos y aterciopelados, entre aquellas consolas y aquellos irrefutables retratos de damas color limón, con camafeos y abanicos, de caballeros pálidos con barbas, bigotes y plastrones. Durante años había chocado en su carrera con la mampara de esmerilados losanges rojos, blancos y azules que separaba el patio cerrado del abierto y hasta se había animado a hacer estribo en los ladrillos salientes de la pared lindera, semioculta por una línea de tiesas y altas cañas, para mirar por encima de los cascós de botella y entregarse a la fascinación de un mundo extraño y contemporáneo, en el que un hombre en mangas de camisa tocaba la guitarra. Pero todos esos años habían corrido para desembocar en aquel minuto ritual, lleno de inflada vastedad, en que Aba y los tíos abuelos se habían sentado en torno a la mesa del comedor, para que tío Aurelio dijera que ella había llegado a los veintiún años y él tenía que dar a todos una prolija cuenta de su administración, al centésimo, de la herencia del abuelo materno, que ella había percibido en representación de su madre difunta. La habían sentado frente mismo a tío Aurelio, y tenía desplegados ante sí los gestos de medallón, la flácida cara de Aba y su cuello ajustado por la gorguera negra, la calvicie y los lentes ahumados de tío Aurelio, los finos labios morados de tío Julio, la miopía desapacible de tía Elena.

—Nieta única y única sobrina de tíos solterones —había dicho Aurelio con una ficticia jovialidad, para entrar en materia, y ella se había sentido más insignificante de lo que era, bajo la luz torrencial de la araña, cuyos tres golpes de llave sólo se daban en las grandes ocasiones. Había visto esa claridad pavorosa y palpable lamiendo, como a un muelle en mediodía, las columnas labradas del apa-

rador y el trinchante, el día de la muerte de abuelo. Era un curioso efecto el de aquella irradiación escandalosa y quieta, a medias absorbida por el gentío, esa fija envoltura de luz que se detenía frente a la banda opaca del corredor, para hacer una transición precisa ante el fulgor deslumbrante y central de la capilla, por donde navegaba —como la imagen del cuño en el denso recuerdo de una moneda de oro— la última mueca desdeñosa de Abo. Veía ahora la penumbra del corredor y, abierta en lo oscuro, la puerta donde empezara aquel día la gran enseñanza luminosa, con su orilla abigarrada de flores y el rasgueo de unas moscas metálicas.

Pero esa otra tarde sólo había tenido ante sí la fila de unas pocas cabezas sensatas y frías, contra el valladar de los altos respaldos de cuero rojo y remaches de bronce, y había sentido bajo sus manos la erizada carpeta de felpa en medio de la que se alzaba, con la ubicuidad comatosa de un cadalso en una plaza, el tintero con sus dos depósitos cubiertos y, meditativo entre ellos (¿ante Florencia, ante alguno de sus círculos infernales?) un Dante envuelto y sentado, la frente circuida de laureles.

Toda esa escena de la rendición de cuentas hacía las veces del gran cumpleaños pomposo, era una ceremonia de graduación familiar, a cambio de la fiesta de aniversario que no habían podido o querido ofrecerle; porque aquella caudalosa familia había vivido siempre una teoría de largos duelos enrabados (eslabonados, pensó, es la palabra seria, la que usaría tío Julio, si alguna vez incurriera en la depravación de sentir en este estilo mentalmente desvergonzado).

Perfiló el torso ante el espejo y se pasó el viejo cisne, casi deshilachado, por una de las axilas. Lo hacía sin narcisismo, sin sensualidad pero con au-

dacia, porque ya era una mujer sin prejuicios, con todos los salteos intelectuales y ninguna experiencia.

Que no te suenes delante de padrino, que no fumes delante de ese hombre; de una a otra recomendación iban años y circunstancias, pero persistía, rodeándola, el mismo instinto fundamental del disimulo.

Ojalá ella pudiera establecer esta noche con su padre un cifrado de pequeñas complicidades, igual al que vegetativamente había crecido en todas aquellas idénticas tardes de domingo con tío Julio. Entre las fotos de la madre y de Abo, debajo de las que lucían —como al pie de hornacinas de santos— diminutos búcaros con violetas y el trazo oblicuo de dos espigas juntas, había por lo menos una foto viviente: la que rememoraba, en el sitio, la hora y el sol de tantas reposiciones, el paseo dominical con su padrino. Ella estaba sentada en el pasto, con sus piernas echadas hacia adelante, enfundadas en unas botitas altas y prendidas que cubrían hasta media pantorriña, y cuyo revés de piel de conejo podía aun evocar tibiamente. Al lado, con su sonrisa de viejo violinista vienés y su abrigo gris de cuello de pana, estaba tío Julio, también semirreclinado en el césped, con los pies cruzados, el torso erguido y la mano izquierda perdida detrás de los rulos de la niña. Por la parte más alta de la foto corría, de borde a borde, una línea de balaústres, desde la que arrancaba la pendiente herbácea en que ellos dos se habían fotografiado y a media tarde merendaban. Tío Julio le llevaba un termo en un estuche de cuero, y unas plantillas envueltas en papel de confitería. A las cuatro y media, en aquel justo punto que averiguaba abriendo a cada rato la tapa de su reloj de oro, le hacía tomar, en el mismo capuchón niquelado del termo, dos vasitos de té con

leche, y comer tres o cuatro plantillas, que eran la última recomendación de Aba, en el momento de la partida.

Luego quedaban en libertad de seguir su vagabundeo, pero acababan encaminándolo siempre hacia los mismos lugares. A las cinco de la tarde todo el color del día estaba perdido entre la humedad, el silencio y el respeto que manaban de las paredes del museo. El director era un hombre enjuto y alto —amigo de tío Julio— que se vestía de negro, con un corbatín que le daba varias vueltas alrededor del cuello, una esclavina para proteger los hombros, unos lentes que le oprimían la nariz, un ancho bigote recortado y un cigarro de hoja que creaba un aura más cañurosa y viva que la del resto de la sala. Al cabo de algún conato de improvisación del interés hacia otros cuadros, concluían por detenerse, sin ninguna veleidad del azar, ante el episodio de la fiebre amarilla. Y tío Julio bisaba imperturbablemente las explicaciones de la semana pasada.

—Es notable el estudio del claroscuro —decía, acartuchando las manos para que sirvieran de lentes, al estilo de largavistas, frente a la tela. Y la hacía mirar del mismo modo.

—Fíjate que toda la luz viene del último plano del cuadro, y decrece de afuera a adentro. En realidad, el sol golpea en la espalda de los dos médicos, salta desde la calle y llena todo el hueco de la puerta. Y se apaga por completo al borde del camastro, a la derecha.

Se quitaba las manos en anteojera, y eso indicaba que iba a pasar a los detalles humanos, no artísticos.

—Estos médicos que pintó Blanes existieron y murieron en la epidemia del setenta y uno, en Buenos Aires. Aquí también, por esa misma época, hubo

epidemias terribles de fiebre amarilla. Llevaban a la gente a enterrar por montones, en carretas. Todo el mundo cerraba las puertas, de miedo. Y a veces, en la confusión, se llegó a enterrar a algunas personas vivas. Fue por eso que después se dispuso que a toda persona, antes de enterrarla, se le echara un puñado de cal viva en la cara. Si no se contraía, estaba muerta. Duró hasta hace poco.

Él seguía hablando de todo lo que ella ya sabía y no le importaba, si bien una primera vez pudo haberla impresionado. Tal vez se lo repetía para sí y sentía el deleite de esas reiteraciones, que le agenciaban su mundo, el tinte de su época y de su experiencia, la imagen de la vida inmediata y quizá la de su tiempo. Pero nada decía, por pudibundez, de lo que ella —una y otra vez— miraba con poseso y amedrentado encantamiento: esa mujer que yacía en el centro de la tela, con un seno descubierto, del que un chico trataba de mamar todavía. ¿Estaba muerta? Y esa parábola de la madre difunta, de la que queremos seguir extrayendo aun nuestros jugos, volvía a aparecérselle siempre. También estaba el secreto de las prodigiosas transformaciones. ¿Sería ella, algún día, madre a su vez? ¿Crecen las mujeres desde las niñas, o son seres de una especie diferente?

Ahora que podía contener en su mano un seno igual al de la mujer caída entre la luz y el piso de baldosas, sólo había cambiado unas desazones por otras, las viejas inseguridades por las nuevas, mientras sobrevivía el sentimiento infantil del abuso, del saqueo en otras vidas para alimentarse de ellas, el mismo trozo de alma donde una sola vez el sér se encuentra, se conoce y se juzga culpable.

—¿Adónde fueron? —preguntaba Aba, abriéndoles la cancel, con un interés que parecía alentar la

esperanza de una respuesta distinta.

—Al Parque Urbano —contestaba tío Julio, con el falso tono de la lozanía, de la novedad noticiosa, que era su parte en el juego.

Dejó el cisne en la polvera y se acercó al espejo, pasándose un dedo humedecido en saliva, para alisar las cejas. Con un golpe seco volaron las chinelas hasta dar contra la pared, debajo de la cama. Y Susana acercó una banqueta y se sentó para calzarse.

Hablaban del Parque Urbano, de la calle Cámaras, del Internato y del bazarcito Font, dándolos como referencias actuales de una ciudad que seguía siendo la de ellos. Y a ese mundo anacrónico que pisaban, se sobreponía el más vigente de sus recuerdos. Tío Julio se transfiguraba hablando de su juventud, de los veraneos en Santa Lucía —“en la quinta de tu bisabuelo, al lado de la de Buy-sán”—, de las cabalgatas a las que se mezclaban nombres de mujeres que hoy eran abuelas o habían muerto, las mismas con quienes se encontrara por otoño y primavera en el Paso de las Duranas, que era el paseo de moda. Y las mayores peripecias de la familia se echaban, por supuesto, una clámide de historia y patriciado, de arraigo y de criollismo.

—Tu bisabuelo hizo su fortuna entrando ganado a Montevideo, durante el Sitio. Era tan amigo de Garibaldi, que le dio de ahijado a Gregorio, el mayor de nosotros. Era un tiempo de hambre y de miserias tan grandes que cuando él iba a visitar a Joaquín Suárez, ¿sabes qué le llevaba? Y tras una pausa, para la sorpresa que ella ya conocía: —Un napoleón, uno de esos bizcochos de azúcar morena, con forma de muñeco, que ya no se ven. Era un manjar entonces.

Un poco más cerca, Gabriel —otro de sus herma-

nos— había participado en el complot de Ortiz para asesinar a Santos, y la misma noche del tiro en el Cibils el bisabuelo lo había embarcado clandestinamente en un lanchón hacia Buenos Aires, desde donde lo había fletado a estudiar medicina a París.

—Vivía en el Barrio Latino, en una bohardilla, y se había llevado un loro y le había enseñado a insultar en español, encaramado a la ventana, de la mañana a la noche: “¡Franchutes, hijos de tal por cual!” Ellos lo miraban, intrigados de que hablara pero sin saber qué decía.

Susana sabía de memoria la historia de Gabriel, sus estudios brillantes cortados por el suicidio, y la llegada del ataúd acondicionado en un armazón de listones de madera, y conteniendo dentro de él una envoltura de plomo, soldada a estaño, todo eso cuando Aba y Aurelio eran muy chicos, y Julio y Elena aun no habían nacido.

—Iba a ser un médico de primera —decía tío Julio, lamentándolo con la fuerza y la vivacidad de una desgracia reciente. ¡Y matarse así, por una poule!

Sonreía ahora al recordar la pregunta que tantas veces estuvo tentada de hacerle: —Tío Julio, ¿qué es Unapul?

El tiempo había cambiado todas las cosas, y Julio —que no se había matado por nadie— había sido convertido por la vida en aquella veladora llena de remedios, en aquel repertorio de medicinas y diagnósticos, en aquella letanía invariable del fuego en el estómago. Había llegado hasta hoy más desfigurado que tío Gabriel, ahijado de Curtin y enemigo de Santos, con su loro de la bohardilla y la inverificable *cocotte* que le había dado un pretexto para matarse.

Un día —hacía sólo un par de años— revolvien-

do en un rincón de la biblioteca, Susana había encontrado un libro pequeño, con un paisaje de finos árboles amarillos, otoñales, y el nombre entero de tío Julio estampados en la cubierta. Nunca le habían hablado de él, y lo había abierto con el escozor de una viciosa curiosidad. En un par de lecturas había podido aprender la décima que corría, en raudal menudo, por la hoja color marfil:

*De sus gracias preso
Me rogó Lili:
Canta de exprofeso
Himnos para mí.
Lírico en exceso,
Ebrio en frenesí,
Díjela: Te expreso
Mi pasión así,
Y en la boca un beso
Rojo le encendí.*

Cerró el libro, como si hubiera cometido un pecado al tomarlo. Toda la improbable plenitud romántica de tío Julio estaba allí, y también toda la vena reprimida en aquella casa, donde haber sido poeta era un error inmenable de juventud, donde se odiaba la presencia física de la muerte (tía Elena se jactaba de no haber visto jamás un cadáver), donde se proscribía el nombre de Dios como si fuera una debilidad de los cobardes y donde se ignoraba cualquier apelación al amor y a las pasiones de los hombres.

Pero el colegio no había sido eterno, y los Preparatorios habían traído otros rostros y maneras, la invasión exultante de otra época. Susana había tenido amigas y conocido el compañerismo, la jocunda y deportiva frivolidad de los muchachos, o su pesada y taciturna ambición de acceder al mundo; había podido llevarlos a casa, a favor de la progresiva

debilidad de Aba, que habría sido la única capaz de impedirlo. Y prendió entonces en ella la pasión de los esnobs, y tarareó a Gershwin sin sentirlo y adoró a Picasso sin comprenderlo, y supo que en el mundo había otros libros que los de Renan, Taine y Thiers, otra pintura que el cuadro de Blanes o las bravías marinas de Manolo Larravide, otra música que el Carnaval de Schumann que tío Julio silbaba y seguía embelesado, garabateándolo con las manos en el aire, mientras lo escuchaba por radio o se agotaba pedaleando para hacerlo brotar de los rollos cribados de la pianola.

—No sé cómo lo consientes —decía el padrino, delegando su propia debilidad en la flojera de Aba. Con esta sola y tenue amonestación la vida había cambiado, y era posible que sonara el teléfono para una cita por la tarde o que cualquiera de los muchachos levantara, con dos dedos bien ajustados al pescuezo del Dante, la imperiosa mole del tintero (“¿Y éste quién es? ¿El Papa o Jean Gabin?”).

“Esta *ménagerie* de jovencitos insolentes”, murmuraba tío Julio, que apenas los saludaba, al cruzarse con ellos en el patio. Las perdidas tardes del Parque Urbano y la insufrible infección del jazz alumbraban por igual su odio. Pero era un odio débil y castrado, una pobre pasión de la edad senil.

Y ahora que con triste pompa, sugestionados por la estrictez formalista de tío Aurelio, habían admitido que era mayor de edad y capaz de mandarse a sí misma, intocable en el terreno de las decisiones y dueña absoluta de su fortuna, ella lo había decidido todo junto, el viaje, el avión y la experiencia de la soledad y del extranjero. Se habían encogido acaso a llorarlo en los rincones, pero estaban vencidos y eran impotentes para vociferárselo. No figuraba en sus reglas enrostrarle la ingratitud, ni la

tácita y entrañable desobediencia.

Estaba vestida e iba a marcharse a comer con su padre. Era el primer acto de sumersión profunda en un mundo que ellos no gobernaban ni vigilaban, la comunión posible con todos los arrebatos inmotivados, con todas las tentaciones, inocentes o culpables, siempre que fueran prestigiosas y arriesgadas, la fraternidad repentina y fugaz con el desconocido que tocaba la guitarra tras el cerco, un mundo para el que se abrían, de ahora en adelante, los días de su vida.

III

Los ruidos de la tardecita llegaban amortiguados a aquel quinto piso, y se atenuaban más aun en las cortinas de brocado que enmarcaban la vidriera. Dentro, en la penumbra de una lámpara baja y en el aire calinoso de gente que había estado, hablado, bebido y fumado, parecían distenderse —en su pereza felina de fin de jornada— las heteróclitas piezas de mobiliario, una de cada color, que flotaban en el vasto salón.

La mucama vino suavemente y corrió los estores, inclinando luego las pestañas de las celosías, a todo lo largo del vitral. Robledo le pidió entonces un whisky —“bajito, con una piedra”—, se reclinó muellemente a terminar su cigarrillo e hizo el insensible movimiento de aflojarse la corbata.

Sobre la mesa de caoba, en una frutera de metal blanco, estaba el mazo rebosante de tarjetas. Había en ellas un repertorio de la elocuencia, desde las que se consideraban cumplidas con dos letras y una barra hasta las que se creían obligadas a decir “Dolorosamente impresionados por la tragedia” o “Nuestra querida e inolvidable Susana”. En otra fuente alargada, al borde del *dressoir*, estaban —arrugados y en puntas desparejas— los mezquinos y crípticos telegramas, que abreviaban direcciones, condolencias y firmas, hasta hacerlos caber en un total de diez o doce palabras.

Lentamente, como en un infligido ejercicio de estupefacción, Robledo empezó a trabucar las fórmulas, a imbricarlas en las colas de frases sueltas

que habían quedado por allí alrededor, como desechos de una tarde extenuante. Estas cosas tienen que pasar, querido, Stop, nunca sabremos quiénes son los más felices, pensar que hace tan pocos días se iba tan contenta y ahora Stop. Desató y dejó caer por el pecho la corbata de espumilla negra; y pensó que, desde hacía años, estaban ocurriéndole cosas que no se le parecían. Elvira había muerto sin haber dejado de ser su mujer, y en la situación equívoca de que él no hubiera sido avisado, se le hubiera dejado entrar a regañadientes en la casa y hubiera tenido que fingir, ante el saludo y la curiosidad de los extraños, una absurda y mentida familiaridad con los detalles de la agonía, una agonía tan rápida que a cualquier otro sin su avería íntima lo habría relevado de saber y contar, de tener otro argumento veraz que el estupor y el anodamiento, que él en cambio no conseguía provocarse.

Había podido al menos ver la cara firme e inamistosa, la frente que no había pensado en él al morir. Y había sentido la crispación de cada abrazo desenterado y súbito, la desazón de cada mano que le oprimía la nuca a destiempo, mientras el gesto desconfiado de Elvira juntaba una impalpable ceniza en las comisuras y retrocedía de continuo ante la obstinación de atribuirle o prodigarle un sentimiento de despedida.

La suerte de Susana había dejado, por el contrario, las esperas y las conjeturas tras sí, había jadeado a lo largo de cuarenta y ocho interminables horas y llamado junto con otras, indiscerniblemente abrazada a otras muertes iguales y desconocidas, en cables, en mensajes, en promesas de auxilio, en las mil falsas pistas de la esperanza. Y él otra vez estaba allí —tibio, liviano, depredado y fútil. La

misma devastación de lo que había sido precariamente suyo carecía ahora de importancia, recaía sobre su vieja incapacidad para haberlo cultivado o saber conservarlo, y sólo acudía a exasperar una nostalgia vaga e informe de otra vida, una conciencia ávida de facilidad, de desentendimiento y de sueño.

“Hay que reponerse, hay que ser fuerte” —decían, no porque lo vieran flaquear sino porque traían la frase preparada, para depositársela en la oreja con un aliento cortito y cercano.

Reponerse, ser fuerte. Ya no quedaba otro futuro que el progreso en la oficina, ya no había otro objeto en la vida que el placer ni otro escenario que el pequeño apartamento donde ahora mismo estaba Aldo, fungiéndole las sábanas y el Vat 69.

—Es un apartamentito *mignon*, —había dicho Matilde la primera vez, girando airosamente, descalza y en camisa, y abarcándolo por entero con la mirada, desde el centro del estrecho recibidor. Y luego Iris se había encaprichado en que cambiara aquellas veladoras de caracoles de mar, opalinos y rosados, por cuyas valvas salía un resplandor de lamparillas rojas, difundiendo en la pieza una ambigua atmósfera de perversión, cópula y asesinato. —Es cursi, querido —insistía. Es cursi y no sé por qué, pero me entristece. Entonces Aldo había traído aquellas candelitas teatrales y había armado las dos esquinas de iluminación indirecta, con lampos amarillos y azules, que no daban una luz menos cursi, sino botada a otra escala de cursilería y sofisticación, a la que Iris se entregaba como a la suma de la belleza y del encanto. “Hoy soporto sólo la mancha amarilla” y “Hoy quiero la azul”, eran dos pedidos en los que ambicionaba dar la volubilidad femenina, el humor versátil e inmotivado que ella sabía que los hombres cotizan bien en las mujeres. Finalmente,

Magda había dibujado y dirigido el barcito de cañas con mostrador laqueado en negro y la cabecera de pared cubierta, a modo de tapiz, por una estera de junco pintada en gris verdoso; y había proscrito, con ese solo *toque escenográfico moderno*, los demás muebles mellados y recomprados del recibidor, las reproducciones de óleos con rozagantes madres bretonas inclinando sus tocas sobre ruelas o cunas, y la mesita con tapa de cristal y lámpara de pantalla de seda, que eran la herencia de otros apartamentos colectivos que el tiempo y las discordias habían desmantelado. En las mutaciones del mobiliaje de aquellos treinta y tantos metros cuadrados, estaba la historia de sus últimos veinte años, el proceso de unas cuantas mujeres ocasionales, la memoria de sus gestos, de sus miserables y mentidos sacrificios, de sus celos, de sus histerias, de sus graciosas o grotescas borracheras y el jubileo de esa gran impostura acrobática que había sido siempre, en sus relaciones con ellas, la administración única del único amor.

En la pura verdad el único amor posible estaba muerto, y no había tenido nunca la cara ni la visión del pecado. Abría los negros ojos rasgados, llenos de una húmeda irradiación de alegría y entusiasmo, de inocencia y posesión de la vida. Estaba allí, frente a él, riéndose con esos ojos más que con la boca, adelantando un torso de mujer o dejando tan solo, tras la lista de vinos puesta por delante, la boina de color hoja seca.

—¿Qué vino preferirías? —estaba preguntándole él, para acompañar la ceñuda parodia de conocimiento, el simulacro de mundanidad en que ella corría los ojos sobre nombres desconocidos, cabalísticos e indiferentes.

—Blanco para el pescado —había dicho Susana,

como toda su cifra de aprendizaje. Y él sentía la felicidad de verla ahora con asombro, porque se había salteado la rutina de su crecimiento y porque era deliciosamente seria y pueril con el espeso arco de sus cejas, con su boca avanzada y fruncida y el ligero y desordenado vello de la nuca dorándose al golpe de fuego que ardía a sus espaldas, en un rincón del *grill*.

—Tenemos que vernos a menudo, cuando vuelvas de tu viaje —le había pedido, fingiendo a su vez que aquélla era una proposición de igualdad. “Tenemos que vernos para que yo no envejezca, para que sienta que te he hecho y que me llenas la vida”, era la oculta y verdadera propuesta.

—Claro que sí —se había apurado a asentir Susana, con una extraña rotundidad, de fondo abstraído y pensativo. Papá —había añadido al cabo de una pausa— ¿por qué me viste tan poco de chica?

—No fue por culpa mía ni de Mamá —respondía él, con un acento insólito de ternura en la última palabra. Fue por culpa de esa gente que te ha criado, tu abuela y esos tíos que envenenaron todo lo que había entre Elvira y yo, y a veces creo que hasta a ella misma contra mí. Pero todo esto se ha acabado esta noche, y estoy tan contento contigo que no tengo ganas de volver atrás.

Ella lo había aceptado. Habían terminado de comer y él le había ofrecido un cigarrillo, encendiéndolo antes de entregárselo. Te confío mis secretos de humo, había bromeado. Y de pronto, desoyendo su propia interdicción: —¿Y tú, te acuerdas bien de tu madre?

—Me acuerdo, sí, pero sólo estoy segura de unos pocos recuerdos simples: cuando me obligaba a tragar una yema de huevo en jerez o cuando me desmontaba de golpe, sacándome el plumero en que

yo andaba a caballo. Pero hay otros recuerdos más complicados, y no sé si son cosas que ví o que me contaron casi en el tiempo en que murió.

Había seguido un largo silencio, y él había movido un brazo para dispersar el humo que se espesaba entre los dos. Después habían pedido coñac y le había enseñado a entibiárselo en el hueco de la mano.

—Papá —había dicho (¿o creía él y lo había ahora dolorosamente inventado?). Tuve miedo de que toda esta comida fuera una cosa estirada y, ¡qué se yo!, insincera, sin naturalidad. Pero estuvo muy bien.

Había estado muy bien y él la había contado en estos días muchas veces, buscándose auditores por separado, para dar a todos ellos la impresión de que aquél era un encuentro de varios, el primero de una serie en que se había consumado el reaceramiento. Y cuando lo mentía entraba él mismo en su cuento, y tenía ante sí la visión de días enteros de una vida compartida, un largo y henchido remanso de tiempo que fuera sólo para ellos dos, tomados de la mano por encima de la mesa y canjeando palabras, fortuitas coincidencias del gusto y del sentimiento, silencios y promesas, votos quedados en la punta de la lengua, compromisos más ciertos porque sólo eran tácitos. ¡Cómo tendrías que cuidar a tu hija!, le habían dicho a menudo las mujeres, según el axioma de que un hombre donjuanesco es siempre el padre más celoso. Y era ahora, recién ahora cuando estaba cuidándola.

—Querida —se había animado a decirle mientras iban de regreso en el taxi. ¿Te contaron alguna vez que casi naciste en un auto, en una convertible amarilla que yo tenía entonces? Llegamos al sanatorio con ocho minutos escasos de margen. Y

ella lo había aprendido y festejado, y había volcado la cabeza en su hombro, tal vez enternecida por esa sola imagen —entre todas las que nadie le había dado— en que los tres quedaban indisolublemente juntos.

¡Pobre Susana!, pensó moviendo el trozo de hielo en el resto de whisky. Las primeras veces había agrupado las palabras y hasta había llegado a modularlas en voz alta, sin que la emoción misma apareciera. Podía dar con una frase compungida, pero no con su tono. ¿Estaría tan seco por dentro, carcomido en el tronco? ¿O es que era imposible llorar una muerte sin cuerpo, un duelo telegrafiado y casi abstracto?

Pero las fotos de los diarios —los restos del avión, los expedicionarios con las narices taponadas, una mano de mujer mutilada y con anillos— le habían hecho sentir al fin ese fervor carnal de la desposesión, y había llorado entonces sencillamente y sin espasmos, sin provocación y sin lástima de sí mismo, con cierta abandonada nobleza de juventud. Y los diarios de unos días antes —los de la incertidumbre y la busca— lo exasperaban con sus fútiles esperanzas y falsas precisiones, si volvía a hojearlos ahora: *Otra cruzada bandeirante. No hubo ningún S.O.S.. Zona posible del accidente, en grisado.*

Toda la vida iba a ordenarse, en adelante, para una impura vejez, cubierta de dinero y de egoísmo, sin un afecto a perder ni una sola compañía en la sangre. Algún día próximo su hermana moriría y él iba a hallarse solo, sin nadie. El sexo mismo iba a acabarse e iba a estar solo, sin sus mujeres acostadas, sin poder atesorar siquiera la triste escena dominical de las tres de la tarde, la turbia vislumbre del tragaluz en el apartamento, la cama

deshecha y él con la que fuese, sentados sobre sus piernas dobladas en aquel pozo de sábanas, apuntalados por los almohadones que habían caído al suelo en el abrazo, abriendo la caja de masitas y dejando a cada lado en la alfombra, entre trago y trago, los vasos y la botella de espumante. Nada de nada. Ya no la pura y redonda felicidad, que había visto arder en el ángulo del restaurante y desaparecer, entre las caras hostiles de los viejos, en la despedida del aeropuerto; ya no la exigua y adivinada felicidad, sino tampoco la dicha. La dicha, que es algo —como el sonido de la palabra lo declara— sospechosamente expreso y amanerado, el rebuscamiento de la plenitud por el fatuo orgullo viril del orgasmo. La dicha, *la dicha infeliz*, la eterna botella de espumante y las masitas, cuajadas cándidamente en la memoria de un domingo.

“Era lindo —le había escrito Matilde desde Santiago, y la carta le había llegado entre las tarjetas y los telegramas de esos días— hacer el amor en tu departamento. Lindo pero falso. Todo parecía muy limpio y muy claro, como el piso. Pero cuando una había recorrido tu casa descalza, descubría esa noche, al acostarse, que por toda ganancia del día tenía las plantas de los pies horriblemente sucias”.

La vejez, las plantas de los pies y el alma sucias. Y sobre todo la soledad, la soledad inquieta del dinero, que ahora lo aguardaba. La soledad sin nadie, y una parálisis y una cama para morir, y el cáncer o el síncope nocturno o un feroz y eterno insomnio final en una pieza. Era una idea aterradora, pero él pondría toda su fuerza en postergarla y rechazarla, como otros postergamos la inspiración de escribir o de pagar una deuda.

IV

La misma sala de la compañía, sin humo y sin los pasos de la gente; los mismos anuncios que glorificaran la experiencia y la seguridad, y ahora parecían descascarados, despegados, llovidos y desteñidos, inactuales como los carteles políticos al alba del lunes. El mismo Mr. Addison, irreproachable, impecable, imperturbable y planchado, pero secretamente deprimido, envejecido y trémulo, porque había perdido el resplandor de la primicia y sólo tenía que regatear y sostenerse en los bordes quebrados de aquella relación; el mismo Laurido, que creía poder salvar, invulnerable, el lote de su eficiencia, y las mujeres y los hombres —que ya se titulaban deudos— sentados en la orilla de los sillones, sin amistad, sin confianza, sin descubrir ningún valor que aconsejara la entrega.

Lo posible y lo imposible contra la fatalidad, cuatro expediciones de rescate, un monumento funerario de primera condición para los restos, pólizas y declaraciones firmadas de las víctimas, las ropas y efectos que se pudieran individualizar, deplorables pleitos que alargarían este asunto que todos tenemos poderosas razones espirituales para desear que se cancele, todo eso había flotado, circulado, burbujeado y remolineado, sobre un río de elocución sajona, de tenacidades y de chapuce-rías idiomáticas, en el penoso discurso de Mr. Addison.

Removía a cada instante los papeles en que se apoyaba, ofrecía documentos, cifras de gastos, pe-

sares y pérdidas de la compañía, tratos satisfactorios y todo el arsenal de componendas que contenían las instrucciones de la central de Nueva York. Laurido —más obscenamente servil desde que las circunstancias daban un matiz de ignominia a su sagacidad de latino— había interrumpido al gerente para decir que las demandas, en todo caso, deberían entablarse en el extranjero, donde varios de los pasajeros habían hecho la conexión de aviones y donde el accidente había ocurrido; y había agregado —con una risita salaz— que ya ze zabe lo que zon loz abogadoz teniéndoloz zerca, y maz aun zi ze lez da un poder a milez de kilómetroz de diztancia.

Un coro de mujeres, que se había agrupado por instintiva afinidad y había ocupado el sector izquierdo del ruedo de sillones, estaba cantando con sus caras, con sus gestos de elíptica inteligencia, con sus sofocados cuchicheos, con los péndulos de sus colas de luto, con su palidez resuelta y patética, cantando que sus hijos, que sus padres, que sus hermanos perdidos no tenían precio, y que era de una intolerable grosería ponerlos ahora en la balanza, hacerlos montar al patíbulo regado de monedas aquí y así, a la vista del público, y desnudarlos y aceptar su ejecución y venderlos. ¿No era mejor que todo eso se hiciera lejos de ellas, que alguien les diera la cuestión terminada? Tal padre era profesor y su muerte cortaba investigaciones valiosas. Tal marido un banquero y no se sabía cuánto ganaba. Tal hermano un industrial que proveía por su madre baldada. Y el hijo un ingeniero, el hijo único; los años que le quedaban por vivir, ¿qué precio podían haber tenido, si sólo Dios los sabe? Y el hermano abogado y todos los parientes, el alma de la familia y el lucro

cesante. ¿Cómo ocultárselo a una madre que no tiene ya un corazón sano para sufrir la noticia? Era horroroso que este hombre tuviera la vida reducida a dinero, tasada en dólares y en trato satisfactorio, limitada a ecuanímes compensaciones y a firme-aquí, firme-aquí, firme-aquí.

—¡No firmamos, hemos resuelto no firmar ningún acuerdo— dijo irguiéndose la mujer canosa.

Nadie la oyó fuera del grupo, porque Mr. Addison y Laurido parlamentaban con los hombres y la mujer joven que fumaba en boquilla. Pero este lado mezclaba falsos justicieros, falsos dolientes con dolientes verdaderos, con gente que no sabía pedir justicia porque era débil y el padecimiento no la había ilustrado en el odio; porque era tímida y aceptaba las confortaciones estériles de la intención y del decoro, en que Laurido estaba aleccionándola: Demandaremos a loz diarioz por el zenzazonalizo inundo de ezaz fotografíaz; ze inveztiga zi hubo zabotaje, y zi ze dezcubre ze caztigará;... doz coronaz de florez todoz loz añoz dezde el aire, una en nombre de uztedez y otra en nombre de noz-otroz. ¿Eztimarían loz zeñorez que?...

—Lo interesante sería saber, gerente, si usted tiene alguna fórmula concreta que ofrecernos, dijo el hombre de la pesadilla. Porque de lo contrario sería mejor que no se nos hiciera perder el tiempo, ni se faltara el respeto debido al duelo de estas señoras.

De todos modos no vamos a firmar, de todos modos no vamos a vender.

—Nadie falta el respeto, señor —contestó taxativamente Mr. Addison, que se atenía tan sólo a conjurar la hostilidad. Si las fórmulas parten de ustedes, por supuesto que la compañía las tomará en cuenta y serán cuidadosamente estudiadas.

—Nadie diría que hemos venido aquí para que ustedes estudien —avanzó despectivamente la mujer de la boquilla rojiza.

Nuestro padre dejó el libro abierto en la mesa y viajó, nuestro hijo no había querido ponerse la etiqueta en la solapa y pasaba el guante para disipar el vapor de la ventanilla, pero el vapor de llanto y humedad venía de afuera y esa mano de cuero amarillo fue lo último, lo último que vimos y supimos, lo último que quiso concedernos el Destino y viajó, también viajó el Destino con ellos. Nuestro hermano se despidió de todos en casa, en el pedazo de césped en que jugábamos de chicos, donde teníamos el columpio y la trilla y viajó. ¿Quién puede ahora tocar con los labios del amor los cuerpos que están rotos y no existen, los rostros que no se sabe dónde están, y quién arrodillarse a llorarlos si no habrá una sola piedra que con certeza los oprima?

Robledo apretó el resto del cigarrillo en el cenicero, lo estrujó en redondo hasta que las hebras de tabaco rompieron la envoltura de papel. La luz de la sala parecía haber elegido su espejeante peinado para descansar, y los rasgos menudos y cordiales de aquella cara sin fealdad ni sorpresas asumían la responsabilidad de la cordura.

—Es claro que con todo el oro del mundo no se nos devuelve a uno solo de nuestros muertos. Pero no debemos tratar el asunto como si estuviéramos discutiéndolo con los criminales. Los señores han sufrido toda esta horrible experiencia junto a nosotros, y quién sabe si no habrían aceptado ponerse en el lugar de los que hoy sufrimos, para evitar el papel que en estos días los hemos forzado a desempeñar... y estamos todavía adjudicándoles.

—Por supuesto que sí, por supuesto que sí.

—No sé si alguno de ustedes piensa pleitear en su propio caso, y si así fuera yo no querría disuadirlo. Pero pienso que hay ventajas en buscar una solución uniforme. Respeto mucho el sufrimiento de todos —y giró la cabeza hacia unos y otros, como si los invocara al principio de un discurso, como si tuviera que comenzar con un extraño ritual de conferencista, “Dolientes de la derecha, dolientes de la izquierda, señoras y señores”. Con todo, me creo autorizado a hablarles, porque sé que si hay un dolor insuperable, un despojo sentimental del que no se reacciona, éstos son los que causa la muerte de un hijo. Es mi caso y —señalando a la mujer canosa— es el caso de la señora. Ella y yo hemos perdido cada uno un hijo, y un hijo único, y un hijo en plena juventud, en esa edad en que recién empiezan a devolvernos lo poco o lo mucho que hemos hecho por ellos. Y yo no pleitearía en mi caso, siempre que tuviera alguna solución por delante, alguna clase de arreglo que me evitara exponer la memoria de mi hija a ese manoseo de las audiencias, de los expedientes y de los litigios, que por desgracia conozco muy bien.

Hubo un silencio receloso y Robledo volvió a hablar.

—Podríamos, se me ocurre, formar una pequeña comisión, nombrada entre los que estamos, para estudiar una fórmula conveniente. Y pasaríamos entre tanto, como dicen en las Cámaras, a cuarto intermedio.

Estudiemos lo que vamos a firmar, estudiemos lo que vamos a vender. Y si pensamos hacerlo, fraternicemos desde ahora con el miedo del yanqui y con la repulsiva amabilidad del ceceoso de las pastillas. Y en adelante ya sabremos dónde están en-

terrados aquéllos que quisimos.

—¿Un cuarto intermedio?, —preguntó la mujer de la boquilla rojiza. ¿Yéndonos para volver otro día o esperando aquí mismo mientras la comisión delibera? ¿Qué entiende usted exactamente, en un caso como éste, por hacer un cuarto intermedio?

V

Hasta el balcón de la pieza de hotel llegaba, como en una tela de Dufy, la clamorosa mañana. Era un paisaje inmediato, que parecía posible tocar y empastar con la punta de los dedos, un paisaje encabritado hasta golpear con los cascos en el atril inservible de la persiana doblada; colgaba literalmente de los marcos de la abertura y asaltaba todos los huecos del labrado colonial de la baranda. Los montes con su frente de ocre polvoriento y sus flancos moteados, con sus enredaderas de caseríos y la vibración solar de sus caminos; y el océano vítreo, el mar verde botella entrando en la confianza carnal de la bahía y abrazando poseivamente la cintura de las islas.

Así lo habían sentido ellos dos el primer día, aun no salidos de la borrachera, todavía nauseosos y vacíos. Y hoy aquel monstruo irresistible los había embotado y enviciado, los había sorbido sin que tuvieran conciencia de pertenecerle.

Volviendo los ojos legañosos y heridos desde el cielo al interior de la pieza, Aldo vino hacia su cama golpeteando las chancletas; se restregó los párpados con los nudillos, desperezó el largo cuerpo como si remedara la enorme estatua que acababa de ver, y pensó que tenía que bañarse. Robledo, sentado al borde de la cama, cebó un mate y se lo alcanzó con cuidado.

Más allá de las camas, la habitación se enangostaba en un pasillo con pretensiones de vestíbulo, donde la penumbra rodeaba a una mesa con varios

vasos, un cenicero lleno de puchos y dos botellas secas. Abierta en el piso, en ese límite de la claridad y la sombra, tal cual la habría puesto un escenógrafo, aleteaba una servilleta, con el doble trazo al pastel de unos labios que se habían ido de madrugada.

—Ninguna de las dos veces —dijo Robledo— al actuario le hizo gracia que me viniera. Anteayer me salió con que ya le había pedido otra licencia igual el año pasado, y le contesté que era el otro aniversario. Él dijo que la primera vez, por ser el primer año, había tenido una tolerancia especial, pero que ahora la cosa se repetía, y que las licencias del judicial son las ferias.

—¿Y qué le contestaste?

—Lo frené en seco, diciéndole que yo esa licencia me la tomaba, porque el veintiseis era la fecha y tenía que estar aquí de cualquier modo. Y que tanto me daba, al fin de cuentas, con sueldo o sin sueldo.

—Sin *goce de sueldo*, como dicen —corrigió Aldo, con un falsete de gandería.

—Y sí, me la dio con goce. Porque son hijos del rigor, y ahora que no dependo de ellos me respetan. No era para tanto, me dijo; sólo que tenía que hablar con el juez. Y en ese mismo momento ya lo tuve conmigo, y estuve seguro de que no habría problema. Fue como *la señora* de la mesa de entradas. Cuando yo era un pelado y un día la invité a tomar el té, fue a decirle al actuario que yo la molestaba. Y después, cuando me vio con el auto, se dejó llevar hasta cerca de la casa, y *ainda mais*. Te juro que al final me dieron ganas de decirle: ¿y ahora, por qué no vas a contarle al actuario? Durante varios días sentía una cosa rara al verla allí, muy seria, tomando los papeles y escribiendo con su

Ietra menuda "Recibido hoy y al despacho, conste"; porque cuando yo la había tenido conmigo ninguno de los dos se acordaba de la oficina.

—No se podía perder este viaje —reflexionó Aldo, cuya sensualidad se regodeaba más con el recuerdo del vuelo gratuito que con la historia de una mujer ajena. Una vez que habías conquistado a ese mixter —dijo fraguando un débil retruécano, de los que Mario podía festejarle.

—El tipo se ha portado muy bien, hay que decirlo —propuso Robledo. Cuando la primera vez me llamó y me dio el pasaje, me dijo con mucha solemnidad: Señor Robledo, mientras yo esté en la compañía a usted no le va a faltar un pasaje todos los años, para ir a la tumba de su hija.

—Los favores recibidos... —canturreó Aldo.

—Todo lo que quieras. Pero había que tener rostro para ir y decirle la segunda vez: Señor Addison, yo me tomo siempre vacaciones con un amigo, y él no está en condiciones de pagarse un pasaje como éste. ¿Usted me podría dar facilidades para que yo se lo regalara?... ¡Captó en seguida!

—Lo agarró en el aire y lo agarramos en el aire —dijo Aldo.

—Es un *gentleman*, no hay nada que hacerle.

—Y a propósito —exclamó Aldo, a quien la palabra inglesa había suscitado una rápida asociación. ¿Queda whisky para esta noche?

—Ni una gota. Pero de todos modos, yo propongo no volver acá. Si no, al final va a haber que darle un conto de propina a la vieja.

—Mi plan es éste. Las vamos a levantar medio temprano, las llevamos a la Cascadinha, si insistís en ver la capillita de Portinari, tomamos un café o una cerveza por allá y después les pedimos que nos acompañen hasta el cementerio. Eso sí, se quedan

afuera, esperándonos en el auto.

—Me parece mejor —consintió Aído—. No es que les vaya a faltar clase para ponerse en situación pero, aun sin querer, te pueden estorbar.

—Seguro. Hay que saber distinguir cosas que son diferentes; por más desprejuiciado que uno sea. ¿No te parece?

—Te lo digo yo, que tengo un gran respeto por los sentimientos, aunque te creas que porque pinto decorados tengo que ser un existencialista.

El sol de última tarde tiene también un sentido de nostálgica fascinación, cuando es la luz de una tarde extranjera. Rebotaba ahora en las aristas de los montes, dejaba ya vertientes anegadas en sombra y se refractaba en los desfiladeros, arrojando algún sesgo de resplandor sobre los valles. En la quietud precoz que a esa hora tiene un cementerio, solo rumoreado por el regreso de los pájaros, ésta era una postal provocativamente melancólica y ellos dos —pasando por las angostas veredas, rodeando monumentos blanquecinos y epitafios portentosos— tenían la sensación de que su propio movimiento era un error, como si estuvieran caminando sobre la banda de un film o por el escenario inseguro de un sueño.

Al fin se detuvieron frente a la estela conmemorativa, ante aquel osario grandilocuente erguido entre taludes y dibujos de jardinería. Las cuatro esquinas del monumento estaban adornadas con flores, pero su misma distribución simétrica desmentía la ilusión de la espontaneidad, la idea de pequeños e ignotos homenajes individuales.

Esto es también la compañía —pensó Aldo. Es la compañía de un modo ligeramente más tenebroso, porque cuando estas organizaciones son así de fuertes, hasta una tragedia sirve en la línea del tiempo a los fines de su propaganda.

El epitafio único era higiénico, traducido, pío con los muertos y reticente con la ocasión. Recordaba a una de esas piedras que en los acantilados, según cuentan los libros, hacen memoria de los naufragios; se lo imaginaba uno inaugurado con los mismos coros de iglesia metodista, con salmos y sin lágrimas, con la piedad de los terceros, Biblia en mano.

Robledo se adelantó unos pasos y, aunque el sol no lo molestaba directamente, hizo visera con la mano sobre los ojos. Aldo, como si su fijeza fuera la única posible consagración emocional del impulso del otro, se quedó donde estaba, unos metros más atrás, la frente tendida hacia lo alto, entubado en su estrecho traje de gabardina, alisando el sendero de grava con sus agudos zapatos amarillos.

¿Pensará él que hay algún hueso de ella en esta huesa?, se preguntó. Tenían una amistad muy profunda, pero siempre hay un sitio donde la amistad se detiene, teme preguntar y no franquea la puerta. Y este minuto en que él miraba a Robledo y Robledo abstraía sus ojos en la cruz grabada en la pirámide, corporizaba esa sensación de inviolable distancia, de incomunicación sagrada. Él no tenía ningún derecho a saber si Mario estaba realmente conmovido, o si hacía su parte en un ritual siniestro. Su estilo de compañerismo consistía en reirse de muchas cosas —generalmente de las del prójimo, muy a menudo de las suyas— pero siempre habría una zona vedada, un revés de párpados que no se vería. Podían reirse de la muerte extraña

—disfrutar juntos las obsequiosas exequias de un personaje, la emulación cortés del dolor ajeno, el feroz narcisismo de la oratoria ante ataúdes— pero tenían la reserva intransigente de su pudor sentimental, aun cuando estuvieran vociferando su pena. Y aquello no podían decírselo. Podían emborracharse juntos, acostarse con mujeres cada uno a la vista del otro, indagarse la recíproca palidez en el delirio de la *macumba*, sostenerse la frente en la náusea. Pero no había ningún título suficientemente íntimo para acercarse ahora a Mario y preguntarle si sufría o impostaba la nota del sufrimiento, si tenía credulidad e inocencia y entrega, o culpa y asco de sí mismo y también inocencia, o si sencillamente era un partiquín en el bocadillo mudo, hasta que el telón lo ocultase del público y saliera corriendo para liberarse en el mutis.

Robledo sintió tal vez ese tirón, el denso respeto con que Aldo le guardaba la espalda, en aquel minuto en que los dos se decían que habían hecho el viaje tan sólo para estar allí unos instantes, de pie y en silencio; y aquella espesura emocional pedía oscuramente que alguien la quebrase.

—Cuando ya había muerto —dijo de pronto Mario, dándose cuenta de que el matiz distraído de su voz y la pálida naturalidad con que estaba diciéndolo disminuían la tensión— me llegaron, juntas, dos cartas de ella. Me contaba las relaciones que había hecho aquí, el grupito en que andaba. Al venir por primera vez los busqué y los visité, y me abrazaron llorando. Era gente culta pero formidablemente sencilla. Hasta había un coronel, ya medio vejanco y muy digno, un tipo bien pero más seco que los otros. Cuando lo conocí me acordé de que Susana lo había comparado conmigo, y había escrito que tenía “mucha arquitectura mental”. Nun-

ca pude saber por qué lo había dicho. Todavía tengo las cartas, pero no he querido volver a leerlas.

También a veces hay que tener en la vida el sentimiento de una mujer que uno no haya poseído. Él tiene la suerte de fijarlo en la hija, mientras nosotros andamos a veces tanteando, para encontrar a aquélla que se lo merezca.

La luz decrecía ahora bruscamente, en el corto crepúsculo tropical, y una bruma insidiosa llenaba el aire. Robledo abandonó el talud y vino lentamente hacia Aldo; hubiera querido echarle un brazo por los hombros, pero le faltaba estatura.

—La de anoche —dijo como si bromeara al borde de un dolor que volvía— fue una curda espantosa. Tengo el estómago y el hígado a la miseria.

Se tomó entonces, con una visible crispación de la mano, del brazo puesto en jarras que el otro le ofrecía. Y otra vez, en la luz inconcreta, los dos se dieron a mirar la pirámide, que empezaba a recortarse sobre un gris indistinto. Allá arriba, los montes sólo tenían un destello de última claridad. Desde esas alturas se vería ahora cómo la ciudad echaba a flotar, de pronto, la profusión titubeante de sus luces; unas calaban el agua inmóvil de la bahía, otras trepaban a los morros, divergían en pistas conjeturales, aguijoneaban el confín de la noche.

Tomados del brazo, sin convulsión y en un silencio proselitista, miraron por última vez antes de darse vuelta. De pronto, el corto y enconado toque de una bocina de automóvil hizo vibrar el aire, en repetidos, estridentes y frívolos llamados.

—Son las mujeres —dijo Aldo sin enojarse. Y hasta me jugaría a que es Marieta.

EL INVITADO

I

EL CRIADO SE INCLINA con la bandeja en la mano y, casi sin ofrecerlas, allega las botellas, para que cada uno elija por la tentación del licor o por el prestigio de la etiqueta.

—¿Coñac?, ¿Menta?, ¿Marie Brizard?, ¿Cointreau?, pregunta sin palabras.

—¡Nada! —dice Alberto con aire de ortodoxia ofendida. Prefiero servirme yo mismo otro whisky.

—¿Whisky después de comer? ¡Qué raro! —y se ve que Marta Saavedra está aprendiendo algo nuevo, para incorporarlo a sus propias costumbres.

—Después de comer y a toda hora. Por lo menos, hasta antes de morir.

Ella, en cambio, prefiere una menta y —cuando se la sirven— se queda mirándola, porque el color esmeralda tras las facetas de la copa espigada la deslumbra, más allá de toda posibilidad de que el sabor la atraiga.

—Apricot —pide el Dr. Linaro. Para optar por él ha ladeado por un instante el habano que moviliza de una a otra comisura y ha interrumpido uno de sus temas predilectos: Europa convencional y Europa real.

Éstos son y aquí están. Celia acaba de poner el Septimino de Beethoven, pues sabe que Alberto no

se cansa de oírlo; vuelve tarareándolo bajito, para que él se lo agradezca con un corto beso, chasqueado casi en el aire.

Y Linaro ilustra su discurso con el caso de su experiencia de Nápoles, que todos le han oído cien veces:

—La gente les hablará del mar azul, de Capri y del Vesuvio. Para mí, en cambio, el nombre de Nápoles está asociado a aquel instante en que me asomé por la ventana, mirando hacia el jardín, en la Pensione Ausonia. Era noviembre, se sentía la calma de una mañana gris. Y allí, por primera vez, vi nieve en mi vida. Una nieve sucia, como todo lo de Nápoles. Una nieve que caía, como papel quemado, mientras unas ratas enormes deslizaban su hocico al comedero de las gallinas, que las dejaban hacer. De tanto en tanto, irritadas, las espantaban de un picotazo, y las ratas retrocedían hacia la boca de sus cuevas, para volver un segundo después. Las ratas, las gallinas, la nieve y un grito infantil en aquel silencio absoluto: Mamma, Mamma, stá nevicando! Ésa es *mi* Nápoles.

Algunas noches ponen en la mesa un juego de porcelana francesa, de grandes platos rojos con orlas doradas a fuego, en cuyo centro esplenden escenas de las campañas napoleónicas. Los nombres de Wagram, Austerlitz, Jena y Marengo aparecen al pie de esos apuntes, según corresponda, en letras suntuosas y trabajadas, más propias para monogramas de servilletas que para evocaciones históricas destinadas a quedar ocultas bajo la carne o el pescado.

Los convidados se divierten entonces con el juego de descubrir qué batalla les ha tocado esa vez. Y Alberto piensa en dos platos soperos que él y su hermano tenían en la infancia, con imágenes de

fondo que habían de hallar tomándose la sopa o sabiendo abrir estelas fugitivas en el líquido con la cuchara: prefería la yegua y el potrillito tostados, de pie sobre su lampo de pasto, a los dos gatos convencionales, de grandes ojos y bigotes, con lazos al cuello, que decoraban el otro plato. Mío y tuyo. El tiempo les había arañado por igual los hocicos y había acabado por darles la muerte en pedazos.

Es increíble, piensa, que los adultos se diviertan del mismo modo que los niños. Pero también es cierto que a tal disposición al candor voluntario, al holgorio inocente y magnificado, a la arrobada alegría de las revelaciones elementales puede llamársele esnobismo. Y esnobismo es lo que sobra en las ruedas que, noche a noche, él hace a su alrededor.

A la muerte del padre habían liquidado la compañía de transportes y la vida se había convertido, para Celia y para él, en unas vacaciones indefinidas: Europa, Asia, Brasil, Buenos Aires y Montevideo.

Y la misma holgura de sus días sin hijos ni drama, el ocio rumboso y el dinero habían terminado por despertarle una apetencia casi patética de sociabilidad. No porque en ningún recodo de la soledad, del encuentro consigo mismo lo esperara alguien, sino precisamente porque en ninguno de esos remansos introspectivos lo aguardaba nadie.

Es, como todas las suyas, una apetencia urbana, disfrazada bajo un sesgo de campechanía y de cordialidad irónica; una apetencia de forma sosegada, de expresión y cauce tranquilos: tener gente a su lado, amigos a su mesa; hablar de música, de libros y de seres humanos; alguna noche, pero con menos frecuencia y con menos pasión, de política. Porque el mundo que Celia y él pisan es distinto de aquel otro en que viven, rodeados de Allix, de Terechkovitch, de Fernand Léger o de André Lhote; hojean-

do y comentando la edición aérea del *Times*, oyendo discos recién llegados, leyendo el último Prix Goncourt o decepcionándose con el más reciente e improbable descubrimiento editorial de Julliard o la NRF.

Alto, corpulento y con el rostro encendido por la alegría fácil de la conversación y de la compañía, Alberto repite con un entusiasmo jovial las frases ingeniosas, los rasgos de humor en que se resuelve para él —con su memoria topográfica de la menuencia y del incidente— toda lectura. Y bisa el placer expansivo de tener siempre las mismas caras de inteligencia reconocida y, alguna noche cada tantas, un rostro nuevo, que los viejos le traen para prorrogarse en el favor de aquella costumbre.

Le gusta comer bien —lo confiesa— beber sin exceso y hablar hasta el agotamiento posible de todas las combinaciones del ingenio; del suyo y del que puedan devolverle los demás.

Como tiene dinero, refinamiento gastronómico y —según dice a veces, para disculparse— “el aparato montado” (y el oyente ha de entender inevitablemente que la frase alude a la luz que enciende bajo cada cuadro, al criado silencioso que sirve la mesa con guantes blancos y al cocinero de gorro altísimo que aparece victoriosamente, a instancias de algún comensal) lo más simple es que sus amigos lleguen hasta allí y se queden a comer, ceremonia que comienza —sin recuento ni invitación— en cuanto el servicio comparece a anunciarla.

“A la suerte de la olla” es la excusa amablemente insincera, la portada por la que el buen anfitrión hace pasar de una vez para siempre, en la amplitud inmencionable de su hospitalidad, a quien va a quedarse sorpresivamente por primera vez. Es la frase oficial que alude a la presencia de un debutante y

equivale a su colación de grado.

Toda esa largueza tiene tal vez su costado cómodo, nace en la inercia de una vida sin el ingrediente de lo inesperado. Como Alberto jamás anda por la calle detrás de ocupaciones, y desconoce la alternativa del encuentro ocasional, resuelto luego en torno a la mesa de café, todo su *convivio*, todo su repertorio de la relación humana tiene por fuerza que ser preparado y tiene que partir de su iniciativa.

La generosidad que le computan es la de aquello que ofrece más demostrativamente: una mesa espléndida o un barcito lleno de botellas, en un rincón del living, bajo el paso torneado de la escalera que lleva al comedor; allí, en ese rincón en que también se esconde la suave fidelidad de los parlantes que hacen brotar música en pequeños chorros, hacia el centro de la fuente auditiva, cada uno puede servirse a su gusto. La filantropía que nadie le agradece es —en cambio— la de sus grandes lecturas, hechas con pausa y agenciadas a los otros con una ingenuidad y una novelería estimulantes, incapaces de reticencia. Sus tertulias valen por más de una cita a llevarse, por más de un libro a juzgar ante extraños, sin haber leído. ¿Y no es ésa una dadivosidad del tiempo, mejor aún que la del dinero?

—Albertito, *ora pro snobis* —le dicen riéndose, con el cumplido de asestarle su propio *calembour*. Y él ora.

Pero los días siguen a los días y no llenan su vida. No es de los que puedan sentir ninguna *nostalgie de la boue* (como él mismo diría). Pero aquella relación de la que es siempre el centro ha acabado por fatigarle, por hacerle sentir que hay en su vida algo secretamente deprimido, un puente hacia los demás que está volado, un resorte roto.

Lo piensa ahora, solo cuando los demás se han

ido. Se ha echado en un sillón y balancea; en la mano floja, el último trago que lo separa de las galerías solitarias de la noche. Celia está guardando los discos en sus sobres y él disfruta de aquel silencio y de aquel desmantelamiento de la madrugada, como de dos seguras categorías escarnecidas de sí mismo.

II

Como vivo así y como recibo así, ninguno de los que viene a mi mesa me invita espontáneamente a la suya. Estoy excluído de la intimidad indeliberada de los otros en sus casas, estoy testado. Hay una cruz puesta sobre mi nombre en toda lista de invitados de confianza. Jamás figuro en las pequeñas ruedas, en las que cuente la familiaridad, la distensión doméstica del huésped.

Me invitan, sí, cuando dan una “gran fiesta” —de bodas, de cumpleaños—, cuando echan la casa por la ventana y ya no hay naturalidad ni hogar ni nada. Me invitan cuando una casa se convierte en un salón y uno es un consumidor más, de pie, con un vaso de whisky o una copa de champagne en la mano, sin pasar de los saludos, de las presentaciones, de la conversación afrentosa del pelma que nos conoce de otro lado y nos *encuentra* allí; sin ir más allá de la ligera, atolondrada oficiosidad de los dueños de casa. Son mis amigos de otras horas, pero cualquiera los desconocería entonces. Su sentido del humor se ha evaporado y lo sustituye una mueca de falso entendimiento, un tieso subrayado cómico que tendrá que desaparecer de sus caras en cuanto pasen al invitado contiguo, a quien hay que ofrecer lo serio y solemne de la ocasión, el otro jugo de la misma fruta. Tengo el trago servido, el hielo se licúa en medio del whisky y yo apoyo un hombro contra el marco de la puerta. Frente a mí, en el gran claro surcado de colillas y aturdido de música, los muchachos —ensimismados, poseídos, más rituales que

eróticos— bailan. Los mayores, como ellos nos llaman, los miramos desde un puesto arrinconado e inútil, hemos sido radiados a las esquinas o comprimidos junto a las paredes, como los muebles que resurgirán mañana. Sufro el estruendo detestable de los equipos sonoros, sorbo el aire de tabaco, sudor y perfume, encierro y risas espasmódicas, flores apelmazadas. Todo sentido posible de intimidad está entonces despanzurrado, y ellos —mis amigos— ya no son los mismos; hasta su pundonor pequeñoburgués de estar *à la hauteur* ha desaparecido, engullido por lo exorbitante de las circunstancias. Van y vienen, dejan caer frente a mí como contraseña y cumplimiento, frases sueltas que padecen de la misma crispación nerviosa que ellos están sintiendo. Frases, cumplidos burlescos con los que quieren amonestar la ordalía que viven: “La cursilería inevitable de los quince años, con sólo nombrarlos”, etcétera.

Les gritaría que me voy, que estoy harto de Glenn Miller y de *Tuxedo Junction* o *In the mood*. Que me voy y que si quieren verme me inviten un día cualquiera, a una rueda chica de cuatro o cinco junto al manchado mantel cotidiano, a comer simplemente un churrasco con papas, a tomar un vaso de vino que no tiene por qué ser francés, que no tiene por qué ser muy bueno. Pero lo pienso y no lo hago; me quedo y el pelma puntual a quien había olvidado, el amigo de Papá que me habría hecho cruzar la calle para evitar los recuerdos, vuelve a la carga.

—Don Emilio, su papá, ése sí que era un hombre *grandioso* (y “grandioso” es, en su verba, un adjetivo de rango monetario y de agradecido aprovechamiento irrepetible). No sé si usted se acuerda de aquellos tiempos, porque era un chiquilín entonces.

¡Qué épocas! Hacía poner todos los días un par de gallinas a la olla, por si a él o a alguno de nosotros se le ocurría tomar un caldo. Porque siempre tenía amigos a la mesa. Es claro que eran otros tiempos.

Por nada le diré que yo también tengo amigos a la mesa, dos veces por día. Es mejor no conmover su idea - fuerza de que tal cosa ya no puede hacerse ahora. ¿De qué vivirían estos viejos, con olor a tintorería en su sarga azul, si las verdades que tienen por firmes comenzaran a vacilar, y tan luego en una fiesta de cumpleaños?

Sin prescindir del trago de entrada —que, ése sí, lo extrañaría si faltase— querría que aquéllos a quienes tengo por mis amigos me invitaran alguna vez a su almuerzo o a su cena de ordinario. Ya sé que acaso ellos suponen que asisten en casa a lo perpetuamente extraordinario, no a lo común. Como no hago nada, tengo siempre tiempo de estar preparado; y acaso me ven y me huelen como al tipo recién bañado, afeitado y vestido, que trasciende a Acqua Velva y a jabón fino. Nadie se anima a llegar hasta mí si no es del mismo modo, y eso me condena a un eterno paisaje de gente compuesta y planchada, a peinados brillantes y a auras de lavanda. Me gustaría ver a alguien en su aspecto de entrecasa, como en el fondo ellos ven el mío, aunque les parezca igual a su tenida de *soirée* o de negocios.

A veces los convoco de un modo repentino, previniéndoles que tengo ganas de verlos, sin la seguridad de que puedan comer decentemente. Y sólo les ofrezco una mesa de desechos, carne fría, legumbres, salsas, frutas y alguna previsible, rutinaria *pâtisserie*. Eso no disipa el equívoco. Lo asumen como una demostración de eficiencia por el

absurdo, como una refrescante ceremonia de sencillez.

Cuando alguna pareja nos convida, es inevitable pensar que se han dicho antes: "Tenemos que retribuir atenciones a los Andueza". Y entonces han cerrado los ojos, han dicho "El jueves" y han anotado en su mente la fecha con resplandeciente coraje, sabiendo que aquel día deja —desde ese mismo momento— de ser igual a todos los otros en el almanaque.

Celia y yo estamos entrando ahora a casa de Juanito Stubbs y nos esperan él y su mujer Eileen, una muchacha inglesa y ya aclimatada, realmente encantadora. Juanito, en cambio, es un anglo-uruguayo, antiguo discípulo del British; un híbrido desgarrado de dos modos de vida, de dos estilos distintos del humor, de la ingenuidad y de la suficiencia.

Han juntado fuerzas pero se les ve radiantes, dueños indisputables de la hospitalidad que ofrecen.

Los niños se han ido ya a sus habitaciones, en el piso alto; han hecho sus deberes, han sido bañados, han comido y están listos para meterse en cama. Suprimidos.

Me siento y distiendo en una *bergère*, resoplo para insuflar familiaridad (la que traigo de la calle) a aquel ambiente apuntalado por demasiadas cosas, demasiado bien dispuestas. Por el resquicio que deja la puerta corrediza, a medio cerrar, veo la mesa de comedor, almidonada, endomingada, si así pudiera decirse de una mesa. Platos, guías de helechos, copas de cristal incoloro, de cristal rojo y de cristal verdoso, candelabros que alumbrarán bajo la luz torrencial de la araña de seis tulipanes. Hoy es jueves.

Juanito no se concede siquiera la tregua inicial, para entrar en asunto. Ya viene a mí con su mesita rodante, sirve el *drink*, me allega los canapés, los

huevos duros, las castanhas de Cajú, los arrollados de jamón y lengua.

Celia y Eileen regresan del tocador; la frívola coquetería femenina es más sabia que la desabrida cordialidad de dos hombres para romper el hielo.

—Con una línea como la tuya, tiene que favorecerte.

Nosotros, en cambio, estamos hablando de la explosión de *La Coubre*, el hecho que hoy publican los diarios. Juanito sale en busca del chiste si sospecha que la conversación va poniéndose demasiado seria, y de la acotación filosófica si considera que hay un aire de broma disolvente. Es su manera de encarar el equilibrio, su lunática y tonta sensatez sajona.

—¿Y la barba?, dice para ver si se me ocurre algo divertido, una *boutade* que él pueda encontrar jocosa y repetir después, en mi propia casa, para devolverme en leyenda personal la misma gratitud insostenible que lo ha llevado a desembocar en esto.

—Es como la de aquel personaje que recuerda Chamfort —digo— aquel conde en la Revolución Francesa, citado por los tribunales del Terror. No quería rasurarse hasta saber si su cabeza en definitiva le pertenecería. Para no trabajar en cara ajena.

No sé bien si fue un conde, no sé si en el Terror; pero Juanito está riéndose exageradamente, por una frase destinada tan sólo a hacer sonreír. Es su aturdimiento de la tarde, su discusión de los detalles, su regateo de circunstancias todo lo que estalla en esta carcajada sin temple, que llama la atención de las mujeres y obliga a repetir penosamente la sentencia (que Celia ya conoce, que ella me descubrió).

Pero ni siquiera con estas pobres verbenas, la conversación sale de su ritmo antinatural, acalambrado, rígido. Juanito, desasosegado, me pregunta por gente que ha visto después que yo, repite de

ella lo que le hemos escuchado juntos, rememora mis dichos —para mí olvidados— acerca de esa gente. El halago es parte de sus deberes de anfitrión. Vuelve a echarme dos dedos de Old Parr en el vaso.

—¿Siempre *on the rocks*? —pregunta.

Le digo que sí, y aquello parece ser una orden que él también cumple, reponiendo —en el sitio de su primer *high-ball*— whisky puro, con su trozo de hielo.

Por encima de mi hombro, Eileen —que se ha quedado a medio camino de su primer asiento, luego de haber ido hasta la repisa de la chimenea, a buscar *La neige en deuil*, para prestárselo a Celia— sigue ahora los manejos de su mucama. Se ha sentado en uno de los brazos de la *bergère*, vuelta aparentemente hacia mi mujer, con la que mantiene una intermitente conversación de bagatelas, para aliviar la arritmia espasmódica de las ocurrencias de Juanito; pero lo cierto es que ha elegido ese sitio, no para estar al lado de Celia sino para seguir los movimientos de la empleada, que va y viene por el cercano comedor, tiesa, acartonada, casi mesmerizada, con unos ojos despavoridos y una tiara sujeta con enormes pinchos, que deben estar clavándosele en el cerebro, a juzgar por su aire general de automatismo lúgubre e irresponsable.

Yo mismo empiezo a comprobar que aquella mecanicidad (vigilada de lejos) me compromete de algún modo, como si el fluido pasara a través de mi cabeza, para ir desde los deseos de Eileen a los brazos de la mucama.

Ahora ha probado las luces de la araña, ha torcido los pabilos de cada vela y ha encendido uno de ellos, apagándolo en seguida con un soplo que estremece los helechos. Todo está pronto para la cena, todo suscita una impresión flagrante de *vernissage*.

Finalmente, la mucama abre del todo la puerta corrediza y parece cuajar, sonámbula, en el hueco que ella misma ha creado.

—Lucía —dice Eileen, como para comprobar si aquella cara ausente rebota la llamada.

Los grandes ojos abiertos se entornan por un instante, la cabeza pendula y baja, hincando la barbilla en el gran coágulo pectoral de almidón que la sostiene.

—Pasemos a la mesa, si les parece —dice entonces Eileen.

Cambiamos la relativa distensión a que estábamos llegando con el segundo trago, por aquella otra etapa flamante. Me tomo el último buche de pie y me allego a una de las paredes.

—Dufy, muy bueno —pondero con entusiasmo auténtico.

—Sí, reproducción —me devuelve Juanito y adivino un tono de resentimiento y frustración, como si se echara en cara no tener un Walch o siquiera un dibujo de Waroquier originales, como rencorosamente parece recordar que tengo en casa.

—Una reproducción espléndida —agrego para desentenderme, para anular su alusión, su auto-infamación implícita. El arte de reproducir ha progresado más que el de pintar.

—El de reproducir y el de reproducirse —añade Juanito, para no desperdiciar un retruécano al alcance de la mano. Pero se acuerda al instante de que nosotros no tenemos hijos, y se vuelve hacia Celia —con unos ojos lastimosos— esperando e implorando que ella no haya escuchado.

Eileen nos distribuye en las sillas y la medium va allegándolas a cada uno, con un golpe seco en las corvas, igual al que nos dábamos de niños, unos a otros, probando quién serviría para soldado.

Juanito enciende ahora las seis velas, distribuídas en dos candelabros.

Y la mucama empieza a bailarnos muellemente alrededor, y sus pasos la traen —a veces por la derecha, otras por la izquierda— con una botella de agua mineral o con el largo cuello del vino blanco, silenciosa, desorbitada y crispada, a control —no tan remoto— de los ojos de la dueña, que dibujan casi imperativamente en el aire los movimientos aprendidos, el vaciado de los gestos incumplidos del ballet a que la pobre palurda está ya faltando. Yo me he comido con fruición el pan tostado que alumbraba sobre el platito de porcelana refulgente, y la medium baila ahora junto a mí, con una pinza que lanza destellos y otro panecito que deja caer, en su sueño doloroso y sacrificado, desde lo alto.

—Para los clásicos la cosa era más fácil —me oigo diciendo de pronto. No tenían la angustia de la originalidad, que atenacea al arte contemporáneo (y el verbo me ha sido acaso sugerido por la pinza que oprimía al pequeño pan granulado de amapola). La originalidad se daba en ellos por añadidura, era un sub-producto.

—No creaban pensando en otros artistas, ávidos por romper fila —me contesta Celia, que conoce las entradas de este tema.

Ellos dos están rígidos, empuñando sus cucharas y sonriendo con una deferente convención de agrado, que no consigue destruir lo fundamental de su martirio.

La sopa de crema de espárragos es excelente. Pero entre nuestras convenciones figura la de no elogiar lo que comemos; es una elipsis de la cordialidad, es estar-como-en-casa; de esos sobreentendidos civilizados, de esos silencios confortables se nutre la convivencia.

Eileen y Juanito casi no la prueban, devolviendo sus tazas llenas. Lucía recoge los platos, coloca también en la bandeja la sopera de la que habría querido volver a servirme y (cruzada la visión que tengo de su cara en ese instante, por la empuñadura del gran cucharón de plata) da un arrancón, bambolea la henchida bandeja y sale.

Sale con más gracia que otras veces pero —ya desbordada por el ritual escrupuloso— tropieza en una esquina de la alfombra, da dos pasos en falso y los platos y la sopera caen. Caen y ruedan, confundidos, derramando los restos de la sopa en la alfombra y en el suelo. Se repone, recobra el cucharón, la sopera y dos tazas intactas, deja sin tocar las otras dos deshechas y el grumoso y humeante mapa de espárragos en el tapiz y en el piso. Se va.

Por más que hayan estado preparados para lo peor, ni Eileen ni Juanito han podido prever *esto*. Sin embargo, apenas han insinuado un gesto; un gesto que el pronto autodomínio que han de haber ensayado para ejercer esta noche, ha venido a sofocar en seguida. He creído descubrir en los labios de Eileen otro soplido pálido que dijera “Lucía”, pero el nombre no ha salido de sus labios. Creo que Celia y yo hemos gemido, o por lo menos nos hemos sobresaltado. Ellos no. Juanito ha apelado a su calma sajona para decir, más allá de su posibilidad de verificarlo:

—La desesperación por lo original, puesta en primer plano, ha quitado respetabilidad al arte de nuestros días. Y sin respetabilidad no hay clima para la grandeza verdadera.

¿Qué respetabilidad, qué grandeza? La verdad es que los dos han suprimido el hecho, como si nunca hubiera existido, anegándolo, ahora, más que en su propia conversación —de todos modos deshilva-

nada, sacudida, imposible en el mutismo cardinal a que los había condenado ese miedo llamado Jueves, ese pavor que parecía haberlos dominado toda la semana— en su *absorto* interés por *mi* conversación, que está contradiciendo lo del arte y el decoro, lo del arte y la moral, lo del arte edificante, como un manojó deleznable de idiotismos burgueses. Ponen ante mí sus dos caras sumergidas, luminosas, desplegadas, esas caras que han hecho voto de abolir el incidente de la sopera y atenderme por encima de los candelabros; un tic, por supuesto.

Mientras hablo, sigo viendo —en el límite de mi campo visual— la sopera derramada, los trozos de hermosa porcelana rota, sembrados en el *parquet* y en la alfombra.

Lucía vuelve ahora con el pescado (raya a la manteca negra, con alcaparras) y elude con toda facilidad aquel brillo cóncavo de porcelana, aquel relumbré de bodegón pintado en el suelo. Los esquivá con soltura y tranquilidad, como si ya hubiera ocurrido lo que desde el principio temiese y pudiera bailar ahora hasta el fin de la noche y de las velas, ligera, ingrávida, desagotada y liberada. Los elude discretamente, sin mencionarlos con los ojos. Ese ballet, que no puede haber sido preparado, es el que mejor le sale: *La Gran Calma del Desastre*, así merecería llamarse.

Yo hablo y hablo, con esa tirante ansiedad de lucimiento que Celia habrá de reprocharme cuando volvamos a estar solos; con ese histrionismo enardecido. Hablo, propongo temas, hago *calembours*. El incidente ha roto de todos modos la costra de solemnidad, y ahora es Juanito quien sirve el vino, y sobre todo quien lo toma. Fijo, con los ojos brillantes y una calma exorcizada, levanta la copa hacia unos labios que hasta el último instante ignoran el

gesto, y bebe a buchets largos y silenciosos, ante la alarma visible de Eileen. Eso sí la desazona y casi no lo recata. *Él quiere aturdirse* —eso es lo que piensa.

El vino va entumeciendo su misma inteligencia facial —la única que le queda— bajo la luz profusa. Y aunque esa luz le esculpe una mascarilla acogedora, detrás de la que está quizá retrayéndose, está también ennegreciendo en sus labios la traza cárdena del líquido que se coagula, que está ya seco y descansa a nivel sobre un rictus olvidado. Atento, casi borracho, abriendo los ojos contra una creciente pesadez de los párpados.

Pero Lucía, la gran danzarina, va y viene —con un ensimismamiento gozoso y profundo— por el escenario apenas entorpecido, pero en él que ya ninguna mirada la dirige. Sólo ella parece haber emergido a las costosas delicias de la noche del Jueves, la noche tradicionalmente feliz de las domésticas.

Con todo, ahora ha dejado —al pasar— abierta la hoja que comunica con la antecocina, y por allí, contra mi estupefacción abotagada, sobreviene el otro personaje. Es enorme, negro y lustroso.

Lo vemos entrar, vacilar alzando hacia nosotros la hermosa cabeza. Ni Juanito ni Eileen pueden ya decir nada. La aparición renueva, como una variación musical, el mismo hecho que ellos dos han decidido suprimir, la disparatada ocurrencia lanzada de bambalinas al proscenio, algo que ni siquiera puede mencionarse.

Él ha aparecido y Lucía, como si al fin hubiera hallado su *danseur noble*, sale detrás, ahora sonriente, con una mueca congelada de heroína romántica.

—Ponciano —le dice. Ponciano. Venga.

Pero Ponciano no la oye. O no quiere oirla. Por suerte, entre todos los mortales con quienes esta

noche se cruza, él es el único incapaz de disimulo.

—Ponciano, susurra ella todavía, en su delirio dudoso. Pero Ponciano ha visto los restos de la crema de espárragos y, más dichoso que yo, se ha puesto a lamerlos ruidosamente. ¡Querido amigo, has sido el primero en darme un poco de intimidad verdadera!

Enreda sus grandes patas en los pedazos de porcelana, los hace a un lado como si buscara —para su postre— algún hueso escondido bajo la alfombra.

Ni Juanito ni Eileen pueden verlo, desde que forma parte de un mimodrama que han resuelto no reconocer, dure lo que dure. Ponciano resopla, estornuda, acaba haciendo una corta náusea canina sobre ese revoltijo de sopa sorbida y porcelana dispersa.

—El arte, si ha de ejercer sobre nosotros una fascinación *révoltante*...

Pero quien me fascina —por detrás de la fluencia cada vez más autónoma de mi pensamiento— es Ponciano, su cuerpo poderoso y grácil, desnudo y elástico; negro y emblemático (pienso en un túnel, por dentro de lo que digo) negro y emblemático como mi corcel preferido en la alegoría de Platón.

Acabo de discernir con claridad, no en el arte sino en mi vida: ésta es, a cambio de la naturalidad que doy, la penosa ficción que en el orden de la convivencia me espera. Que dos mediocres se animen a abolir, a derogar ante mis ojos simpatizantes, a Lucía bailando su sueño irrecuperable y a Ponciano estornudando y resoplando —¡oh, querida veracidad!— sobre la sopa de espárragos y la porcelana quebrada. ¿O es que estaré, también yo, un poquito borracho?

LA PAREJA DEL MUSEO DEL PRADO

LOS MUSEOS —pensaba Ellis— podrían también calificarse según otra escala. Uffizi sería entonces el más frío, l'Accademia de Venezia el mejor iluminado, el Prado el de calefacción más acogedora, Louvre el de los porteros más doctos.

La mejor zona del Prado, si había de pensarse en su tibieza, era la dedicada a Ribera, a sus grandes óleos atormentados y prepotentes. Pero Ribera no le interesaba.

Había vuelto allí muchas veces, atraído por El Greco, por Velázquez, por los Brueghel, por el Bosco. Pero desde hacía un par de semanas estaba volviendo únicamente por Goya, para recorrer sus dibujos, para detenerse ante las Majas o para abominar del tiempo que el viejo genial y durable había perdido en su juventud, pintando a la familia de Carlos IV, cuya mediocridad irredimible había fijado para la Historia.

Y en definitiva, tras el cacharrero y la gallina ciega, o la sombrilla o el columpio o los zancos, volvía siempre a aquellas dos salas contiguas, que albergaban los murales de la Quinta del Sordo y las escenas de la resistencia de Madrid.

Su estampa era ya familiar a los porteros, a los vendedores de postales, a los mismos copistas, que

acaso lo consideraban uno de los suyos.

—Copiar a Goya es mucho más difícil que copiar al Greco —le habían confiado cuando les declaró que era simplemente un aficionado. “O mejor aún, un deslumbrado”.

—Cuando llegué aquí por primera vez —porque vengo de América Española— me traía sobre todo la ansiedad de ver al Greco. Y por cierto que me considero pagado con creces. Pero no fue una revelación sino una reválida, al fin de cuentas. Y como llegué al Greco después de haber pasado por el Tintoretto y por Jacobo Bassano, casi puedo decirles que he logrado saber de dónde viene, cómo se hizo el milagro. Goya, en cambio, ha crecido obsesivamente sobre lo que creía de él, antes de verlo. Después de haberlo conocido, creo que sé de donde vienen muchos otros, desde Manet y Daumier hasta los surrealistas.

—Pero ha existido Rembrandt —dijo un copista pálido, que acababa de abrir su frugal merienda de media tarde, lo único que (a juzgar por su flacura amarillosa) comería en toda la jornada.

—Ha existido Rembrandt, por supuesto —concedió Ellis. Lo he visto en el Museo Real de Amsterdam. Y hasta diría que ése es *el otro*.

—No puede hablarse del *otro* en la pintura —le amonestó una señora que copiaba a Murillo, agotando su senil escrúpulo de perfección en un racimo de uvas. La historia del arte es demasiado larga para simplificarla así.

—Tiene razón —transigió otra vez Ellis. Hablo de mis deslumbramientos personales y nada más.

Los conocía por sus caras apergaminadas, por su tez que parecía una absurda tierra, cocida a una luz artificial, a la llama de la pintura cuya lumbre reproducían apagándola o alterándola sutilmente, del

modo en que la mediocridad traslada al genio y se concilia con él. Los conocía y le parecían una especie patética, una raza de desposeídos y de fracasados.

Pensaba ahora en aquella vieja a quien había visto pasarse tardes enteras tratando de copiar, en Pitti, la Magdalena del Tiziano; si se la espiaba por un rato, se acababa por verla sacar del bolsillo una mortecina naranja que pelaba y comía, echando cáscaras y hollejos dentro de un pequeño morral; miraba entonces su obra, dando un paso atrás, y podía saberse —por su gesto— que había llegado a alguna de las cimas diarias de su desaliento.

Aquí mismo, en el Prado, había escuchado sus conversaciones envidiosas, el regusto ácido con que hablaban del contemporáneo que estaba exponiendo o que acababa de obtener —por míticas influencias— una medalla de oro en el extranjero o el gran premio nacional.

Los copistas. También —concluía con simetría poco ilustre— la vida los precisa en los museos. Caras apagadas, huecos oscuros de bocas que han sorbido toda la vida el aceite de óleos ajenos, ojos cansados de envilecer la luz de los originales. Y la vida también son ellos, reclamando el honor de que alguien los invente o los copie; con sus dedos delgados de yemas flácidas, con sus pómulos terrosos y hundidos, con sus odios bizcos.

Pero ahora que Ellis y los copistas se conocían, y que ellos le habían explicado cuánto más difícil era copiar a Goya que copiar al Greco, él venía tan sólo a detenerse un instante delante de las Majas, un rato ante las Aguafuertes y los dibujos, y el resto de la tarde ante el rasguño de sangre que escribe el cuchillo en el voluptuoso caballo gris del mameluco muerto y desmontado, o ante la carni-

cería de los fusilamientos (los ya ajusticiados, el cobrizo de los brazos abiertos y la camisa a acribillar, el esquemático e inarticulado pelotón, el farol en el suelo, los justiciables que esconden el rostro antes de enfrentar la muerte); y una y otra vez venía a concluir su ensimismado paseo ante los muros de la Quinta.

Nevaba en la tarde opaca, bajo la palidez casi blanca del cielo de Madrid. Pero Saturno devoraba a sus hijos y la niña enfrentaba a las brujas en el Sabbat y el guitarrero encabezaba la Romería de San Isidro en medio de un aire tibio, confortable, que hacía aún más incongruente la ferocidad hostil, agria y desapacible del viejo genial.

Y ese día los había visto también a ellos dos en el salón del primer piso, abstraídos ante la maja desnuda. Y volvía a encontrárselos ahora en aquel su tabernáculo del Prado, en su santuario de la media tarde.

Eran indefiniblemente jóvenes, sin posibilidad previsible de envejecimiento; dos adolescentes rubios y candorosamente equívocos; mirándolos muy bien, en la indistinción que sin duda los había acercado uno al otro, podía conjeturarse su sexo. Porque, vestidos a la manera de la Rive Gauche, con chaquetas amplias, pantalones estrechísimos y mocasines, tocados por peinados ambiguos que les caían sobre los hombros, tenían una condición seráfica, desprolija y asexuada, que detenía toda maledicencia. Parecían anteriores a cualquier posible idea de depravación, ajenos a todo prejuicio de hombría y de femineidad. Paseaban lentamente de una maja a la otra, las manos entrelazadas y con un aire como distante y extralúcido. Eran los dos muy parecidos, en una semejanza fundamental de sus osaturas, en una aproximación racial que se afinaba en los

mismos pómulos altos, en la desnudez ascética de los rasgos, en una igual pureza azul y acuosa de los ojos.

Muy rubios, casi albinos, el hombre parecía apenas más maduro que la chica; pero era tan imberbe como ella, tan descuidado y suave como ella en el andar; y hasta su melena era —de las dos— la que caía con una inocencia más vegetal y más grácil. Indudablemente —pensaba Ellis— no son españoles. Pero ¿qué son?

Se les había acercado para escucharlos hablar, para inferir el origen por el idioma. Porque tampoco tenían el sello simplista del turismo internacional, el aire apátrida de quien mañana no estará aquí ni la soberbia desdeñosa de quien ha sido forzado a dejar la máquina fotográfica en la ropería y sólo piensa en la operación de rescatarla. Ellis podía reprocharse su curiosidad, pero —en aquel universo de copistas, pueblo y extranjeros— los presentía como seres inclasificables, de una categoría aún no bien establecida. De todos modos, no habían hablado; y él había tenido que renunciar, dejándolos y olvidándolos.

Pero ahora volvían. Habían venido a acampar en la sala de los murales. Ella se había quitado aquella suerte de jubón o chaqueta de alamares que la envolviera y descubría un pantalón estrecho y raído, un rompevientos oscuro y húmedo, de inmenso vejez, el pecho liso y las caderas angostas.

Se habían apoderado —negligentemente pero sin réplica— de la larga banqueta central desde la que se podía abarcar toda la sala. Sentados en un extremo de la banqueta, uno hacia cada lado, sus espaldas se tocaban. Seguían sin hablarse; pero ahora reforzaban esa distancia interior (o esa suma proximidad, que desistía de gestos y palabras) con la

mutua ajenidad que trasmitía su actitud.

Ellis estaba ya en guardia contra su vieja manía de inventarles biografías a los rostros, un deporte con el que él y sus amigos solían entretenerse imaginativamente cuando el único espectáculo era el discurrir humano en la plaza, visto desde los ventanales del Tupí, allá en su ciudad lejana.

Pero a pesar de tal prevención, no podía dejar de imaginarse que fueran pintores y hubieran hecho un largo viaje para cumplir con esa devoción que en la gente del oficio, más que en los simples aficionados, despierta Goya. El Sabbat, la Romería de San Isidro y la Visión fantástica, con sus grotescos seres de pesadilla, henchidos y deshechos e inflados de viento, a punto de disolverse en el aire y planeando por encima de la tierra que rencorosamente los acecha con caballadas y fusiles, eran una excusa bastante para quedarse toda una tarde junto a aquellos dos seres transparentes y misteriosos. Sobre el fondo siniestro de aquellarre o sobre la más ligera y funambulesca profusión de tañedores y cantantes, o descansando en la almohada del risco inamistoso hacia el que ya iban aquellas otras cabezas despeinadas, los dos adolescentes rubios desafinaban con Goya, con su acendrada intención de tinieblas y sobresalto. Y Ellis podía mirarlos al pasar de una figuración a otra, concebirlos como hechos de una sustancia más trivial o más inocente, excavados de una cantera menos profunda que la que daba sus criaturas al maestro.

Y ahora había visto en la cara de la mujer una crispación, primero rubicunda (un dolor que todavía no negaba la salud) y después pálida; y pasada la crispación, lágrimas. El hombre tenía que saber (Ellis había sorprendido un temblor apenas convulso, trasmitido de espalda a espalda) que ella

estaba llorando. Porque hacía unos desvanecidos intentos por ocuparse de la pintura que tenía ante sus ojos —aquel Saturno lleno de la facundia de la destrucción, de una torva vitalidad devoradora y nihilista, en cuyo gesto cabían credos y días que Goya parecía haber profetizado— pero no alcanzaba a interesarse en ella, y aún se diría que no llegaba a verla.

Despojado también a medias de sus ropas, flaco y ceñido a las que le quedaban, como si le hubiera llovido encima, él parecía acaso más irreal que la mujer, más atenido a lo que ni el tiempo ni la muerte lograrían quitarle.

Ella se había ido adormeciendo lentamente; su quedo llanto se había ido convirtiendo en sueño; en una zona indiscernible de debilidad y de renunciamiento, una lágrima se oreaba bajo sus párpados caídos.

El hombre parecía saber que ese sueño duraría poco; pero que, en tanto durara, sería imperturbable. Miró entonces a Ellis, como si recién lo advirtiera, y dejó resbalar la mirada hacia el atado de cigarrillos que el otro estaba hurgando.

Ellis golpeó con un dedo el fondo del atado, y saltaron dos cigarrillos. Adelantó el manojo hacia el desconocido, y el hombre se sirvió sin timidez. La misma decisión ávida con que avanzaron sus dedos, refería concisamente una historia de privaciones, un largo desacostumbramiento a cualquier forma de auto-satisfacción.

—María Frugalis —dijo, refiriéndose a la mujer. Así la llamaban nuestros amigos de París. Pero también podrían haberme llamado Jean Frugalis. A juzgar por lo que gastamos en placeres...

Hablaba un español correcto y átono, aprendido en algún colegio nórdico.

—En París —dijo— a las chicas se les crea el problema de subsistir día por día. Por eso las muchachas rubias almuerzan con los horribles senegaleses. Una vez leí en *Arts* una nota sobre esas mujeres, casi niñas, que libran la batalla de cada día a costa de un cariño inconsecuente: *La prostitution des vierges affamées*.

—María Frugalis, o el pez por la boca muere —dijo Ellis. Pero el hombre no entendió el posible sarcasmo.

—Hemos pasado miserias que se pensaron alegres en nombre del Arte. Porque éramos estudiantes de Beaux-Arts, dibujantes de Montsouris o de la Butte Chaumont, de cualquier rincón sentimental y *nuestro*. Cuando nos fuimos a vivir en un pequeño departamento, Rue Jacob, comíamos gracias a los montones de acuarelas de Plaza Furstenberg y del Sena que yo vendía a mil francos. Teníamos una sola pieza, con la hornalla y su enorme tubería para darnos calor. Fue entonces cuando María quiso tener un niño, alucinada por aquella vecina demente a quien le había matado el suyo un carro alemán, durante la Ocupación, y prefería creer que su muchacho había sido un mártir del nazismo. Pero el niño no habría cabido en Rue Jacob. Y fue él quien nos sacó de París, donde tampoco cabía.

Hubo una pausa durante la cual el hombre miró ponderativamente el cigarrillo que estaba consumiendo.

—Philip Morris —dijo. Abandonamos París, diciéndonos que queríamos ver a Goya. Y Goya era Madrid.

—Goya era la espuela —propuso Ellis—. ¿Cuál era el caballo?

El hombre prefirió responder al pie de la letra:

—Un amigo nos prestó esa moto que está ahí

abajo. Creo que el niño debe habérsele desprendido con los sacudones. Pero no importa. Ahora puede saber que tendrá otro cuando quiera. De todos modos, aquí está Goya.

Ellis empezó a sentirse dominado por una sensación flotante de inverosimilitud. El hombre parecía monologar sin considerarlo mucho, y todo lo que decía renegaba de la cordura, hasta por la elocución discontinua con que era formulado.

—María Faber, nativa de Lennep, ha llegado hasta Goya. Ahora está obligada a decir que podría morir.

—Pero usted no la dejará pensarlo —balbuceó Ellis, que ignoraba cómo deberían rellenarse aquellos silencios, y qué esperaba el hombre de él cuando los creaba abruptamente, y se ponía a mirarlo a la cara.

—El hambre, la lluvia, el viento y ser mediocre. ¡Cuatro desgracias! —y volvió a mirar al robusto extranjero que perdía pie a su lado. Ellis empezó a sentir afrentosamente la perversidad de estos silencios, la complacencia morbosa con que el extraño conversador quería ponerlos de su cargo, desasosegándolo si duraban.

—Óigame bien: María Faber es la causa de mi fracaso artístico, y tendría que matarla. Pero la quiero. Me ha obligado a pintar indignidades, a hacer los paisajes más convencionales para seguir viviendo. Docenas, centenas de cuadritos. ¡Para eso creyeron un día en mí y me becaron a París! Para que la encontrara y me depravara con ella. ¡Para eso!

Ellis notó su turbación y pensó que era verdadera, a pesar del fondo histriónico de esta pobre naturaleza de artista.

Ahora se había apoderado descaradamente del paquete de cigarrillos que Ellis había dejado en la

banqueta, y fumaba sin convidar al dueño.

—Nuestro talento era una mentira, como este Goya sin sentido del humor, demasiado grosero, demasiado explícito. Nuestro talento como pareja no existía. Lo hemos dado todo por la santidad de una idea creadora que no brota en nosotros. Pero María se mataría si ahora le dijera que es mejor que ella tome por su lado y yo por el mío.

—¿No dijo que la quiere?

—Puedo vivir perfectamente sin la compañía de la mujer a quien quiero —dijo. Podría recordarla. pintarla, pensarla con otro.

—Pensarla con hijos...

—Eso es: pensarla con hijos. Es una idea menos horrible que la de tenerlos un día. Pero tendremos que decir que los queremos, como hemos querido ver a Goya: es una experiencia íntima a prueba de desánimo. Una trampa religiosa, o algo así.

—¿Está seguro de que tendrá algo que decir, una vez solo?

Ahora fue el hombre quien se sintió tocado a fondo y casi saltó.

—Usted razona con una cabeza de mujer. Eso es lo que dice ella, eso es lo que ella quiere hacerme creer. Si algún día veo que tampoco solo voy a ningún lado, me meto en un baño y me abro las venas. Como Domínguez, que debe haber sido compatriota suyo.

—Casi —dijo Ellis.

—Lo importante es que ahora me dejen. Quiero evocar las mismas cosas que ahora me obligan a vivir. Y cuando se lo digo a María, ella me dice que soy un esnob, que ésa es una idea de esnob. Y hasta me ha propuesto que me haga copista. ¡Antes muerto!

—El gran pintor acaba por decir dónde está, así

lo hayan echado al fondo de un pozo —contestó Ellis agresivamente, tomando partido por María, por el sentido práctico de una vida mediana y noble que empezaba a descubrir en sus rasgos dormidos. ¡Ella tiene razón! Sepa vivir primero.

—¿Usted es hombre de negocios?, dijo el desconocido.

—Soy escritor, contra lo que usted cree —mintió Ellis, y recogió la mueca de incredulidad en el rostro del desconocido. Pero de pronto pensó en un poema casi olvidado de su juventud, que cuajaba en un endecasílabo perfecto. Era una extensa abominación de Diógenes Hequet, que había empezado por ser temprano discípulo de Sisley y había acabado, allá en su país, por ser el precursor de los pintores oficiales de los Ministerios. El poema exaltaba esos comienzos auténticos y terminaba con aquellas once sílabas desnudas y candentes: “Después, para comer, pintó batallas”.

—Hágase pintor oficial. Goya pintó a Carlos IV y a su familia, a Fernando VII y a su mujer. Y después pintó los murales de la Quinta.

—Yo soy débil —gimoteó el hombre, y su melena andrógina cayó sobre el hombro que estaba junto a Ellis, subrayando la verdad de lo que decía. Compáreme con Rimbaud, no con este monstruo.

María dio en este momento una cabezada y volvió a la vigilia. Él se dio vuelta, lánguidamente, y le ofreció cigarrillos.

—Ilse, le dijo. El señor es un amigo. Un gran pintor laureado en Venezia.

Ellis pensó que iba a perder pie otra vez, pero quiso llegar al final del asunto sin descubrir el juego hacia la mujer. Se limitó a saludarla ceremoniosamente, con una inclinación de cabeza.

—¿Se llama?, preguntó Ilse.

—Domínguez. También Domínguez —dijo el hombre.

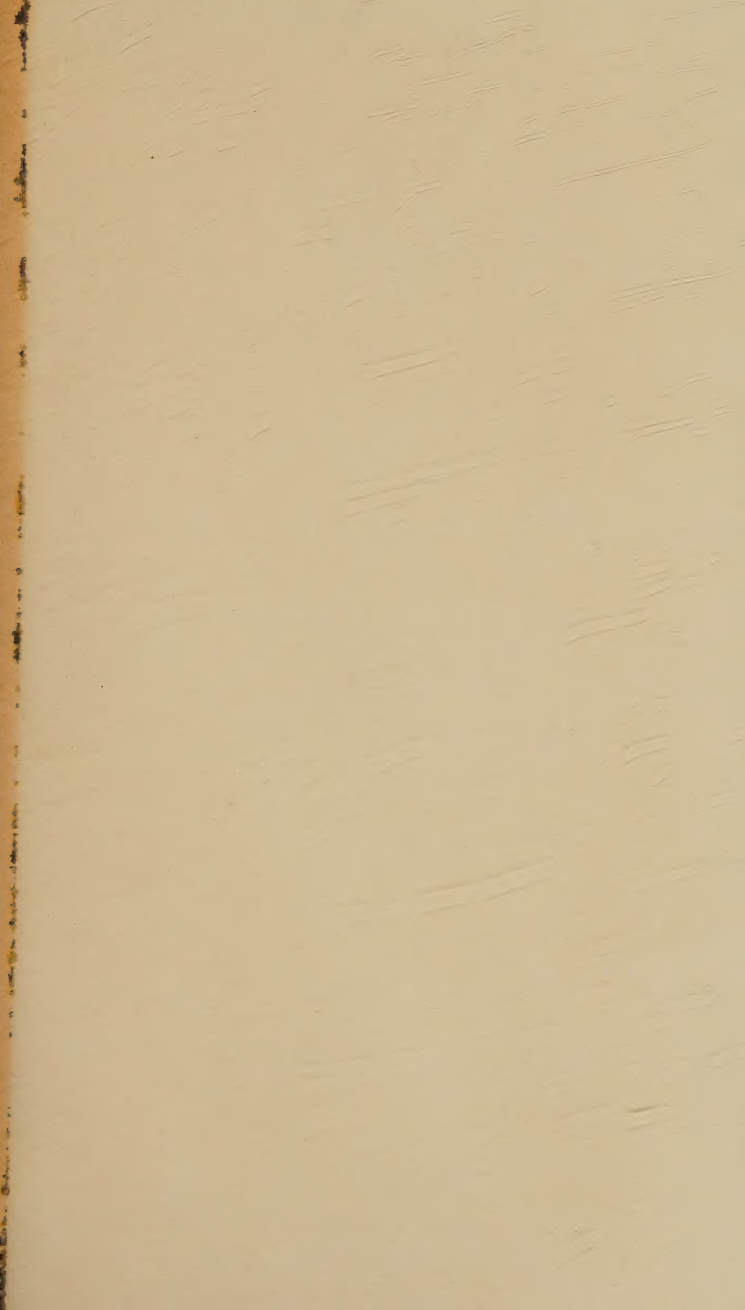
—Hermann —dijo ella, siempre con su aire de pálido aplomo. Debe ser tarde. No te olvides del chico. ¡Vámonos!

Él le palmeó el hombro, tranquilizándola; y volvió a mirar a Ellis.

—¿Comprende ahora? —le dijo.

THE
OF THE
IN THE
OF THE
OF THE

Este libro se terminó de imprimir
en los Talleres Gráficos Emecé,
calle Yaro 1282, el día 16 de Agosto
de 1961, para la Editorial Alfa,
Montevideo - Uruguay.





P9-BJT-518